

R 4813 22 2 919

96428

3
2155

RESEÑA CRÍTICA

SOBRE LAS

FUENTES DEL CONOCIMIENTO

DE LA

LENGUA LATINA

POR

José Tellez de Meneses y Sánchez

*Dr. en derecho Canónico y Auxiliar numerario
en la Universidad de Salamanca*

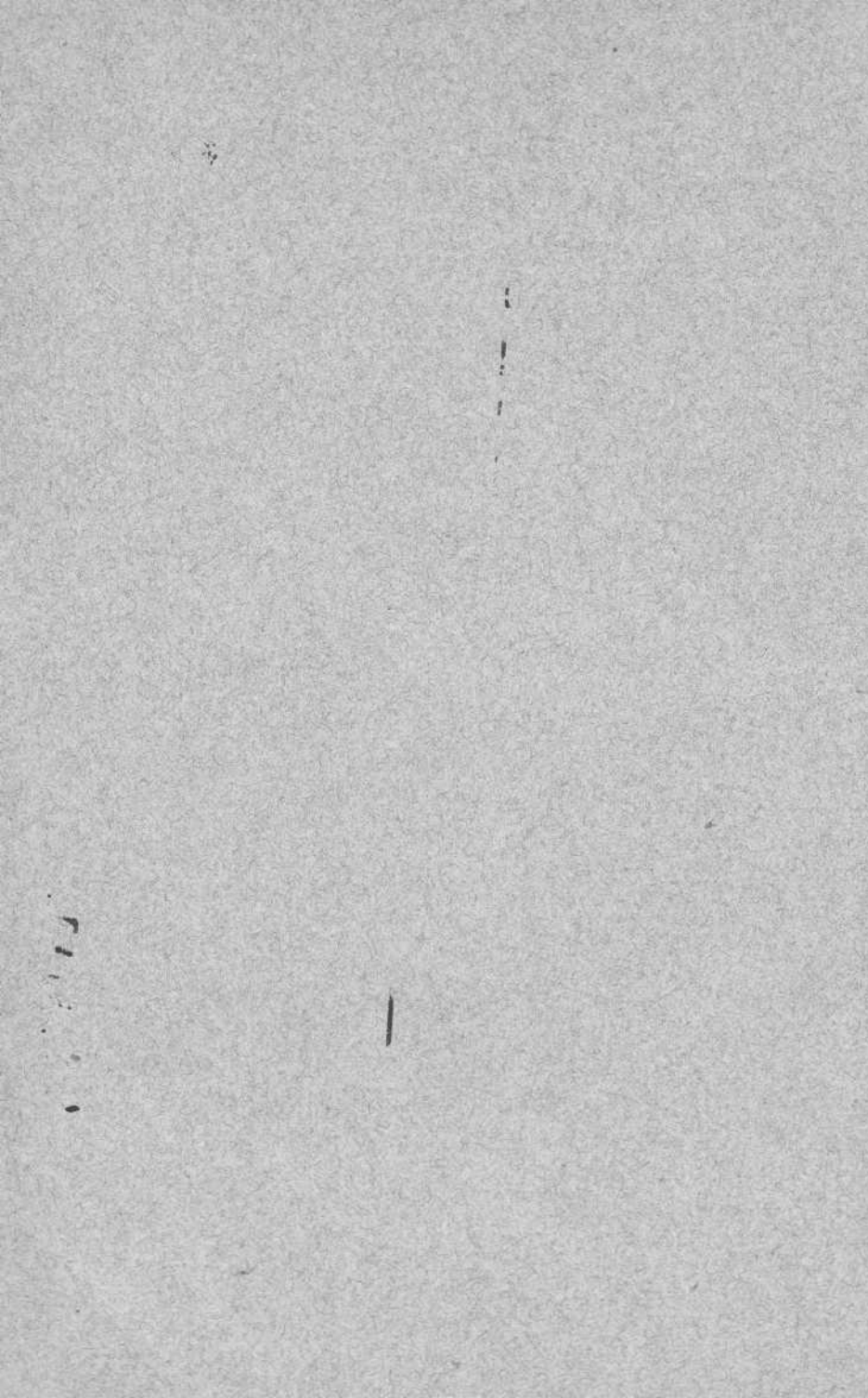


SALAMANCA

Imprenta y Encuadernación Salmanticenses
á cargo de Bernardino de la Torre

1897





3
2155

96423

FUENTES DEL CONOCIMIENTO
DE LA
LENGUA LATINA

RESEÑA CRÍTICA

SOBRE LAS

FUENTES DEL CONOCIMIENTO

DE LA

LENGUA LATINA

POR

José Tellez de Meneses y Sánchez

*Dr. en derecho Canónico y Auxiliar numerario
en la Universidad de Salamanca*



SALAMANCA

Imprenta y Encuadernación Salmanticenses
á cargo de Bernardino de la Torre

—
1897

Al Excmo. Sr. Rector de la Universidad

é

Ilmo. Sr. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras,

mis queridos maestros y superiores, en prueba de
gratitud, dedica este humilde trabajo su afectísimo
y subordinado

EL AUTOR

*A su querido amigo y distinguido en
lecturas D. Cisneros Menor y Oca
en testimonio de gratitud y afecto*

J. Pérez Menor

1 de Mayo / 97

PRÓLOGO

Sin pretensiones de ningún género, doy á luz este pobre é insignificante trabajo «Sobre las fuentes del conocimiento de la Lengua Latina» por considerarlo de suma importancia, como se deduce por estas sencillas observaciones.

El Latín, sin convenio de los sabios y las potencias, es en la actualidad lengua universal como litúrgica y oficial que es de la Iglesia Católica por todas las regiones del globo extendido.

Es la madre de las lenguas neo-latinas, y principalmente del castellano, que es imposible conocer á fondo en toda su riqueza y majestad, sin previo conocimiento del Latín, su fuente principal. En latín se conserva escrita toda la civilización del imperio Romano, sus conocimientos en las ciencias y en las artes, la civilización cristiana de muchos siglos que nos legó la sabiduría antigua en *Religión, Filosofía, Derecho y Literatura*.

Ahora bien, si es verdad, que parte de las obras de los ilustres escritores de las diferentes épocas

de la literatura latina, se hallan trasladadas á nuestro idioma, también es cierto que las traducciones desvirtuan con facilidad el pensamiento, y sobre todo destrozan la forma de tanta importancia para el literato.

Así, pues, para que tanto el pensamiento como la forma salgan completamente incólumes, es necesario acudir al original latino, para que de esta manera podamos apreciar las obras de sus ilustres maestros, que son otros tantos veneros inagotables de bellezas literarias y á la vez de hermosas enseñanzas.

El objeto, por consiguiente, de esta publicación, no es otro que el de facilitar á los jóvenes aplicados algunas de las fuentes más principales para llegar al conocimiento de la armónica, interesante y rica lengua de Lacio, cuya consecución sería para mí la mayor recompensa.





POR los estudios comparativos de las lenguas sabemos que todas las habladas en el globo se pueden resumir á tres familias ó grupos, porque reduciendo todas las raíces de los diferentes idiomas á un tipo especial que á todas las comprendiese, han resultado tres géneros de raíces irreductibles, las unas por las otras, con caracteres tan propios de cada clase y diferentes de las demás en tanto grado, que no puede menos de reconocer la filología un origen diverso para la formación de esas lenguas, madres y generadoras de las que existen en la tierra y marcan los adelantos, los descubrimientos, la cultura, en fin, de los pueblos diversos que la habitan.

Y aunque existe la certidumbre racional de que las lenguas proceden de un mismo tronco, verdad que confirma la misma unidad del género humano, no puede asentarse con seguridad cuál fué la lengua primitiva, si bien los cálculos de con-

cientzudos escritores orientalistas conceden este privilegio á la hebrea, fundados en el texto bíblico; la antigüedad á que se remonta el origen del lenguaje, la carencia de documentos escritos, la interrupción de las tradiciones, y el hecho de encontrar en las lenguas primitivas raices diferentes, que no pudiendo reducirse entre sí, pertenecen indudablemente á familias distintas, contribuye á que la ciencia filológica moderna más comedida y modesta se limite á creer en la existencia de una lengua común, fuente y origen de todas las habladas, prescindiendo de las opiniones más ó menos fundadas de los que reclaman esta primacía para la hebrea, como para el copto, para el vasco, como para el arameo.

Estudiando los elementos de que se componen las lenguas, encontramos las raices, formas del lenguaje irreductibles y por tanto pertenecientes á una familia determinada.

Tres son las clases de raices que, sujetas al estudio comparativo, marcan otras tantas familias que conocemos con los nombres de lenguas *Touranienses*, lenguas *Semíticas*, y lenguas *Indo-europeas*.

La primera clase comprende las lenguas habladas por las tribus nómadas, que en lucha constante con las razas aryas ó agricultoras de Asia hacían correrías incesantes desde las orillas del

mar Caspio á la China, contando entre sus lenguas principales el tártaro, la finesa, la mongola, la turca, la tonguesa y la samoyeda, que forman el grupo que podemos llamar del Norte, y las del Sud ó parte meridional de Asia que comprenden cuatro dialectos generadores, entre ellos el de Malaca y Polinesia, juntamente con las lenguas de la Oceanía.

En tres clases podemos dividir las semíticas: hebrea, arábica y aramea, comprendiendo en la 1.^a el hebreo bíblico, el samaritano y el fenicio, en la 2.^a el árabe docto y sus dialectos, y por último en la aramea el caldeo, siríaco, etc.

Las indo-europeas, por fin, comprenden varias clases como las de la India, las Célticas, las Itálicas, latina, española, francesa, provenzal, portuguesa, italiana y valaca, la griega con sus cuatro dialectos, las slavas que comprenden el polaco y otros idiomas y las tentónicas como el inglés, sueco, alemán, danés y holandés con las de Noruega é Islandia.

De esta triple división pudiera descartarse fácilmente la familia de las lenguas touranienses, si se exceptúan la china, la turca y la finesa, ya por la condición nómada de los pueblos que las habitan, impidiendo que sean literarias, ya por no hallarse en el estudio de sus formas léxicas y gramaticales las leyes necesarias para constituir una fa-

milia diferente: sus raíces, sin embargo, monosilábicas y permanentes en la derivación de las categorías gramaticales, ó accidentes de las partes de la oración, su manera especial de construir las palabras para formar períodos, pues repite las raíces cuya dependencia ó semejanza quiere manifestar, llegando á lo sumo al estado de aglutinación, hacen que resalte una diferencia notable entre estas lenguas que podemos llamar aglutinantes y monosilábicas y las semíticas é indo europeas que llamaremos de flexión, entre las cuales hay unas diferencias tan especialísimas y radicales, que influyen poderosamente en las manifestaciones literarias de los pueblos que las hablan. No tienen las lenguas semíticas más que raíces verbales, y éstas son trilíteras, siendo muy sencilla, por tanto, la investigación del tema, en estas lenguas, pero muy pobre en tiempos, modos, voces y sin declinación propiamente dicha; en las indo-europeas sus raíces no se sujetan á la cronometría de la sílaba, ni á la regla de los elementos que han de constituir las raíces, que no solo son verbales, sino de nombres que se combinan con aquéllas y producen una riqueza de formas propias para facilitar la expresión analítica del pensamiento: en la sintáxis se limitan las lenguas semíticas á la yusta posición de las partes del discurso, y á un régimen íntimo, con los acentos sintáxicos que sirven para expresar las

pausas mayores y menores, la continuación de las frases, su dependencia mútua, y la de unas palabras respecto de otras, fines que admirablemente consiguen la sintáxis de las lenguas indo-europeas por la facilidad que en el enlace de las partes del discurso le proporciona el hiperbatón, el uso de los relativos y de los gerundios: la subjetividad distingue á las primeras; en las segundas predomina el elemento objetivo; tienen aquéllas más dificultad para la formación de los períodos, y por tanto se buscará en vano la oratoria, las ciencias y la filosofía, estudios que necesitan de un lenguaje como el sanscrito, griego ó latín, para el minucioso análisis del espíritu humano; lenguas de abstracción y de metafísica las indo-europeas nos transportan á un mundo ideal; la sensación ó la realidad son los caracteres de las semíticas.

De estas ligeras comparaciones se deduce la exacta división que hemos hecho de las lenguas en los tres grupos citados. Pero en el estudio de la lengua no podemos prescindir de los períodos espontáneo y reflexivo que forman las divisiones de la historia de la humanidad, y naturalmente las dividiremos también en lenguas espontáneas y de reflexión, teniendo presente que si estas edades corresponden á la universalidad de las lenguas no hace referencia tan solo á las que apareciendo en los primeros días podemos llamar espontáneas, ni

á las que en la edad de reflexión, merecen el título de reflexivas, ó á las que denominamos orgánicas por aparecer en el período racional de la vida histórica, sino que estos tres caracteres se cumplen en todas y cada una de las lenguas, del propio modo que se cumple en cada una y en todas las naciones del globo, y en todos y cada uno de los pueblos y de los hombres que lo habitan.

Con relación á su aparición histórica dividiremos las lenguas en orientales, clásicas y románticas, comprendiendo en la 1.^a clase á la china y las de la India, hebrea, árabe, y las touranienses; en la 2.^a las lenguas griega y latina, pertenecientes á las indo-europeas, y en la 3.^a á las modernas, formadas de los elementos de las anteriores ó que actualmente se hablan, aunque no reconozcan este origen.

Hay, por último, una división fundada en que las lenguas hayan dejado de hablarse en los pueblos que en algún tiempo las hablaron y refundidas en otras han perdido su carácter ó particular fisonomía, ó al contrario sean en la actualidad el medio de comunicación entre los habitantes de una determinada nacionalidad; bajo este concepto se dividen las lenguas, en lenguas muertas y lenguas vivas; en las primeras reina la inmovilidad, en las vivas el movimiento, el cambio, la vida, en fin, con sus progresos, estacionamientos y decadencias.

Antes de entrar en la reseña crítica de las fuentes del conocimiento de la lengua latina me pareció conveniente señalar el puesto que corresponde á la lengua que vá á ser objeto de nuestras investigaciones entre la multitud sorprendente de las que se hablan por los pueblos diversos que constituyen la gran familia humana y de las que existen tan solo en los monumentos literarios, arca santa de las tradiciones, de la civilización de los pueblos.

Sentados estos preliminares voy á ocuparme del tema objeto de mi trabajo.

**Reseña crítica sobre
las fuentes del conocimiento de la lengua latina.**

Antes de todo debemos fijar el concepto de las fuentes del conocimiento, y diremos que son los medios de que se vale la inteligencia para llegar á la posesión de la lengua latina, conociéndola no tan solo en el período de su perfección y mayor desarrollo, sino en su origen ó período de formación y en su decadencia ó edad de descomposición.

No se trata de las fuentes del conocer en general, y cómo las señala la filosofía, no debemos proponer la investigación del conocer sensible y

del conocer inteligible que comprende esta cuestión metafísica del conocimiento; se trata única y exclusivamente de las fuentes en donde podemos beber los conocimientos indispensables para hablar y escribir una lengua determinada, y en este sentido concreto debe estudiarse la cuestión que es objeto de nuestro trabajo.

Al tratar de investigar las fuentes del conocimiento, ocurre una duda que formularemos en los términos siguientes: ¿Se trata del conocimiento de la lengua y gramática latinas, ó se pide tan solo el estudio de las fuentes del conocimiento de la última? Si atendemos al sentido literal de la cuestión diremos sin vacilar un momento que se trata exclusivamente del conocimiento de la Gramática pero si nos fijamos después en que la Gramática, no es otra cosa que el análisis ó descomposición de la lengua, vemos desde luego que debemos estudiar las obras de los escritores para llegar al objeto de nuestras investigaciones.

En el primer caso no dudaríamos en afirmar que son fuentes del conocimiento los A. A. clásicos de la Lengua latina, todos los escritores ya poetas, ya prosistas de las diferentes edades que comprende su literatura, aquellos que por su elegancia en la elocución, por la pureza del lenguaje y lo castizo de sus giros merecen ser los modelos vivos y únicos que deben imitar los que aspiran á

la posesión de esta lengua; debiéramos consultar también las inscripciones ya en el mármol ó en la madera, en el pórtico de una Iglesia, como en la lápida de un sepulcro, señalan al filólogo los caracteres propios de un idioma y en las sucesivas edades de su aparición llevan el sello indeleble que les marca la civilización de los pueblos; las monedas, los escudos, todos los monumentos que en más ó en menos revelan el estado de una lengua deben entrar en el número de las fuentes generales aunque relativas al conocimiento de estas lenguas; pero en el segundo caso separaríamos cuidadosamente las fuentes generales por donde se llega al conocimiento y posesión de una lengua, de las particulares y propias tan solo del conocimiento de la Gramática.

Porque no hay medio; si el estudio de las fuentes se refiere únicamente á las que conducirnos deben al conocimiento de la Gramática, es una redundancia traer las fuentes generales, por más que no sea inútil la redundancia, toda vez que la Gramática no es más que la teoría y las obras literarias su práctica necesaria; pero, al contrario, si deben estudiarse las fuentes, no propias de la Gramática, sino de la lengua, un campo vastísimo se presenta á nuestra vista y la crítica tiene un objetivo tan ámplio como importante, tan árduo como extenso, y no llenaría su objeto el que se conten-

tase en el estudio de las fuentes, con las que son exclusivas de la Gramática.

¿Hay, no obstante, algún punto de enlace, existe algún principio que pueda armonizar estas diferentes tendencias? Existe indudablemente una escuela gramatical que aunque olvidada en estos tiempos y por los modernos progresos filológicos deshauciada, puede servirnos en la ocasión presente para conseguir nuestro objeto: existe una escuela que considera la Gramática bajo un doble aspecto, en el concepto de arte y en el de Crítica, bajo el doble aspecto del método y del exámen crítico de las obras literarias, que divide la Gramática en metódica é histórica.

Todos tienen conocimiento de esa escuela; á ninguno se nos oculta que si hoy no existe de hecho, como puede comprobarse por las Gramáticas modernas, en ninguna de las cuales se recomienda esta división, sin embargo, cuenta con numerosos partidarios y con la opinión favorable de los que se ocupan de estos estudios. Prueba esta última afirmación la práctica seguida por los que se dedican á la enseñanza de las lenguas, que desde los primeros días ponen en manos de sus discípulos las obras de los clásicos, para que vayan aplicando las reglas á la traducción, la teoría á la práctica; lo prueba también el cuidado que los autores de Gramáticas tienen de advertir y aconsejar

siempre la lectura de los buenos modelos, fuentes vivas de donde se pueden sacar ópimos frutos. Pero entiéndase bien, que no nos referimos á los estudios, que son propiedad exclusiva de la Literatura, sino á los que tienen por objeto dar reglas para el buen empleo de los pensamientos y de la palabra, á los que examinan el período descomponiéndolo en frases, y éstas en palabra para apreciar sus condiciones de bondad y conformidad con lo preceptuado en el arte; pertenecen estos á la Gramática, son propios del retórico los primeros.

Siguiendo este procedimiento la cuestión, cuyas dudas formulamos en un principio, pueden resolverse y de hecho se resuelve de una manera satisfactoria.

Este método en la exposición de las fuentes del conocimiento, és, á nuestro parecer, el más aceptable, no llegaríamos á poseer un idioma sin el conocimiento de sus leyes léxicas y gramaticales, no adelantaríamos en el estudio de esa lengua sin el estudio de las obras literarias que la crítica ha señalado con el nombre de clásicas; poseeríamos en el primer caso un conocimiento imperfecto de la lengua, cuyos modismos ó maneras peculiares no pueden estudiarse en la Gramática, y en el segundo sabríamos trozos escogidos de una lengua, pero no sabríamos descomponer la más sencilla de las oraciones.

Resulta, pues, que en el estudio de las fuentes del conocimiento, comprendemos tanto á los autores clásicos de la lengua latina, como á la Gramática, que en sus diferentes edades han florecido

El latin, lengua sintética, grande y floreciente, mientras el poder político de la República y del Imperio romano no fué debilitado con la irrupción de los pueblos del Norte por la lengua que imperó absoluta, como lengua oficial hasta que las lenguas romances fueron bastante ricas para la satisfacción de todas sus necesidades filológicas, y hoy se halla con aplicación tan solo á los libros de la Iglesia; indicaremos los autores en cuyas obras podemos hallar las fuentes para su conocimiento.

Para que su estudio sea completo se hace preciso dividirlo en las tres edades, que se reconocen en todas las lenguas, y en su consecuencia de la edad espontánea, de la reflexiva y de la racional, esto es, de su origen, progreso y perfección hasta su decadencia.

Tal vez me arguyan diciendo «aquí se trata exclusivamente del conocimiento de la lengua latina y es inútil hablar de su origen, porque se desea conocerla en el período de su perfección» y con efecto lo interesante para los que estudian esta lengua, es conocerla en el período de su mayor desarrollo, tal como se hablaba por los escritores de la edad de oro de aquella literatura; pero creo

indispensable hacer algunas indicaciones sobre los orígenes ó primeros tiempos de la lengua latina por la importancia que tiene esta cuestión en la filología, y porque arrojar puede abundante luz sobre posteriores estudios, entre ellos el exámen crítico de las palabras que son propias ó se han tomado de otras lenguas.

Los monumentos literarios primitivos de la lengua latina se hallan escritos en un lenguaje rudo y las más de las veces eninteligible, Varrón Festo, Ulpiano, Cicerón y Servio pretenden demostrar por la derivación de algunas palabras, que los latinos crearon su propia lengua; estudios posteriores han demostrado que á su formación concurrieron los dialectos y lenguas que hablaban los pueblos anteriores á la fundación de Roma, y sobre todo los Oscos y etruscos, no admitiendo la opinión de algunos escritores que le derivan del Griego, pues la influencia de éste en la lengua y literatura romanas fué posterior y como afirma Crenzer en la Simbólica, no es posible encontrar en nada mayor diferencia que la observada entre las antiguas tradiciones itálicas, sencillas, groseras, tal vez obscenas en la forma, pero de un sentido profundamente expresivo, y las historias divinas de la epopeya griega, dominadas por un antropomorfismo elegante, pero puramente exterior.

El sentimiento religioso de los antiguos Ro-

manos era superior á la fácil y novélica elocuencia que había invadido la religión de los griegos; opinión que confirma Catón en su libro de los Orígenes: «Sed Roma tam rudis erat cum, relictis libris et disciplinis hetruscis, græcas fabulas rerum et disciplinarum erroribus ligaretur, quas ipsi hetrusci semper horrerunt». Y aunque es indudable la influencia de la lengua etrusca en la formación del latín, como lo prueba Müller en sus cuatro libros «Die Etrusker» publicados en Breslan año 1828, no puede decirse que proceda del griego, pues que la Etruria se nos presenta con mucha originalidad, como una raza aislada, aunque procedente de la raza griega, siendo por lo demás muy difícil comprobar el origen de los Etruscos y la parte que en la cultura romana tomaron, porque los sacerdotes, únicos depositarios de los anales, pudieron alterarlos, y porque destruyeron las guerras estas fuentes, por donde pudiéramos llegar al conocimiento de esta cuestión tan debatida. Entre los escritores que pretenden derivar la lengua latina del Griego, se encuentran además del sábio Müller el italiano Sanzi, apasionadísimo admirador de los griegos Gori y Bournet: otros y entre ellos Remesio quisieron que se derivase del Fenicio; otros del Árabe, etc.; pero observamos en sus comparaciones léxicas y gramaticales, en sus derivaciones etimológicas unas alteraciones tan

profundas del elemento radical, que más bien parecen estudios caprichosos por el afán de sostener cada cual su opinión, que una crítica racional y recta aplicación de las leyes filológicas, de tal modo que podría sostenerse siguiendo el mismo procedimiento que el tagalot se deriva de la lengua latina.

Lo que está fuera de duda es que el osco entendido por la Italia meridional que se hablaba hasta en el Brucio, no se diferencia del Latín, según lo probado por Kleuze, de una manera fundamental, y según se deduce por las inscripciones de Roma, que estaban en esta lengua, y por haberse continuado representando sainetes en osco idioma que conservó el vulgo siempre, aunque el latín usado por las personas cultas prevaleciese más tarde: el etrusco tuvo también larga vida, probándose su gran diferencia con el latín por el pasaje de A. Gelio, en que se cuenta que habiendo dicho uno *aplau-de* y *floces* palabras anticuadas, los circunstantes «quasi nescio quid tusce aut gallice dixisset riserunt» lib. XI., c. VII.

Dos elementos pueden distinguirse en el latín de esta primera edad; el uno que es propio, original de la lengua, y el otro afine del Griego, si bien muy diferente de éste. Se acerca mucho al dialecto eólico, afectando mucho su acento, por lo que dijo muy bien Dionisio: «Los Romanos hablan

una lengua ni enteramente bárbara ni del todo griega, que procede del eólico en su mayor parte». No debe omitirse que coinciden en latín y en griego los nombres que indican *casa, campo, arado, agricultura, vino, aceite, leche, bueyes, cerdos, carneros, manzanas*, y en general todos los que hacen referencia á la vida doméstica y campestre, pero difieren notablemente en los relativos á la *caza* y á la *guerra*. ¿Indicará ésto la mezcla de dos diversas razas, la de los Pelasgos, por ejemplo, agrícolas y pastores y otra extirpe septentrional y guerrera como los Sicanos?

En cuanto á nosotros estamos más dispuestos á considerar el latín, no como una mezcla de diversas lenguas itálicas, sino derivado, lo mismo que el griego, de otras ramas del tronco indo-germánico y desarrollado de diverso modo como sucede con los individuos.

En un pueblo de tanto movimiento como el Romano, también se alteró bastante la lengua; hasta tal grado, que en tiempo de Polibio eran ya ininteligibles los tratados hechos con los Cartagineses después de la expulsión de los reyes.

El monumento literario más antiguo de la lengua latina es el canto de los hermanos Arvales, habiéndose descubierto en la Sacristía de San Pedro en Roma una inscripción, año 1778 que Morini y otros críticos hasta Klausen declararon ser los cantos dichos.

Lo mismo estos cantos que el fragmento de los versos salios conservado por Varrón en su obra de lingua latina y arreglado por Grotefend en «sus Rudimenta linguæ umbricæ» publicados en Hannover, año 1836, están escritos en un lenguaje ininteligible, notándose con especialidad el empleo de unas letras por otras, la adición de variar en el medio y fin de las palabras, y en algunas de éstas alterada su raíz de tal manera, que apenas puede encontrarse analogía entre aquellas raíces y las que poco tiempo después observamos en los escritos de los latinos, pero aunque no tenga otra importancia que la de ver esta diferencia entre la lengua de Rómulo, á cuya época se remonta sin duda los cantos Arvales y la de las 12 tablas que podemos examinar en los fragmentos conservados, ha sido una adquisición utilísima para los estudios filológicos.

En 1564 se descubrió la columna rostrada, erigida en honor del C. Duilio en el año 494 de Roma después de la primera victoria naval y en 1780 y siguientes al mausoleo de los Escipiones y una serie de inscripciones desde el año 400 al 600 de Roma: la más antigua es la de Escipión Barbado, cónsul de Roma en el año 456 (299 años antes de J. C.); se observa en estas inscripciones los cambios de las letras como el de la *u* en *o* cuya pronunciación era igual, y los tiempos del ver-

bo se confunden, y que abundan los arcaísmos; lo propio sucede con un documento original que trata de una absolución del Senado Romano á los habitantes de Tívoli grabada en bronce y hallada en esta Ciudad en el siglo VI y con una lámina de bronce encontrada en Calabria año 1692, que contiene un Senado Consulto contra las Bacanales y se conserva en el museo de Viena, y que puede verse en Sanzi «ensayo de la lengua etrusca y otras antiguas de Italia, Schoell» «histoire abrégée de la littérature romaine».

Con los mismos arcaísmos se presentan los fragmentos que nos quedan de los primeros poetas, de Pacuvio, puede verse en Cicerón «De divinatione y en A. Gelio; de Sexto Cecilio en Prisciano en su Jovis; de L. Acçio; en Festo, y en Cicerón de officiis, etc.»

Debemos citar como fuente del conocimiento para la lengua latina en el período que estamos analizando á las comedias de Plauto, que si tiene bastantes arcaísmos, estos son de buena ley, y además naturales á la época en que vivió este escritor, pues contemporáneo de Nevio y Ennio vivió en una época en que la lengua latina no había desplegado su vuelo, ni adquirido la delicadeza de formas, de que nos ofrece ya un modelo el autor dramático que le sigue, Publio Terencio. El que quiera formarse una idea exacta del gran impulso

dado por estos dos escritores á la literatura y lengua latinas, puede leer con fruto las dos producciones tituladas «El Anfitrión de Plauto» y «La Andría de Terencio» polos opuestos de aquella literatura, pues en la primera se distingue la lengua popular y el tono chistoso, mientras en la segunda vemos el noble y grave.

Los fragmentos que se conservan de la epopeya de Livio Andrómico se resienten en su lenguaje y estilo de la barbarie de la época, por cuyo motivo los compara Cicerón á las estátuas de Dédalo, respetables tan solo por la antigüedad: gracias á la protección de los Escipiones, la cultura griega empieza á influir en la latina, y tanto Plauto, como Terencio, imitan á los cómicos griegos, si bien conservan una originalidad conforme á las costumbres y lengua propias, cuyas influencias se notan en todos los poetas de esta época, como puede verse en los fragmentos que ha reunido y comentado Vosío en el libro II de sus obras.

El progreso de la lengua en la presente edad de la Literatura latina no puede ser más acentuado y solamente en un pueblo de tanto movimiento, de ambición tan grande que anhela extender cada vez más sus dominios, puede comprenderse el desarrollo que en poco tiempo adquiere la lengua de la orgullosa señora del mundo, la lengua de la civilización y de la cultura en el siglo de Au-

gusto; siendo modelos que pueden consultarse como fuentes para el estudio de la lengua latina en este período de preparación al grande y con justicia siglo de oro, las obras de M. Porcio Catón que compiló una historia romana con el título de «Orígenes» de la cual restan muy pocos fragmentos y los que se conservan de sus discursos, pues las demás obras de los filósofos, historiadores y jurisconsultos se han perdido.

La ciencia gramatical era ignorada de los latinos hasta el tiempo en que Crates, natural de Malle (Cilicia) la dió á conocer á los Romanos, entre la 1.^a y 2.^a guerra púnica; pero en esta época se abrieron escuelas públicas donde se enseñaba la Gramática que comprende el arte propiamente dicho; la crítica literaria en cuanto á la formación de las oraciones y la interpretación ó comentarios sobre los autores; estos estudios tuvieron mucha aceptación, y los nombres de Cayo Octavio, Lampadio y Q. Varguncio, que comentaron y dividieron el poema de Nevio sobre la primera guerra púnica de Servio Clodio, Lucio Elio y otros han pasado á la posteridad como los iniciadores de esta clase de estudios, siendo sensible que sus obras no hayan llegado hasta nosotros.

Con estas ligeras indicaciones sobre los primeros monumentos literarios de la lengua, objeto de nuestro estudio, hemos terminado el primer pe-

río do que denominábamos de formación ó espontáneo: como hemos visto son pocos los que podemos consultar, aunque suficientes para conocer la manera de formarse esta lengua y su desarrollo progresivo, que prepara conveniente el siglo de Augusto.

Da principio este segundo período en los tiempos de Sila, y comprende desde el año 78 antes de J. C. hasta el 14 de nuestra era; los modelos en todos los géneros literarios abundan en esta época, fecunda en genios, protectora de las letras, rica en filósofos, gramáticos y poetas: la lengua latina adquiere una elegancia admirable, imitando en sus giros á los escritores griegos, en aptitud de expresar con precisión y delicadeza todos los actos del espíritu; las bibliotecas se multiplican, los escritores encuentran una protección decidida en los que rodean el trono de Augusto, y su ministro Mecenas colma de favores á aquellos vates ilustres que celebran en un lenguaje castizo y en frases elegantes las glorias de Roma y del César.

La lengua latina adquiere en sus formas nobleza y elegancia, en el sentido es completa, en la expresión digna de la grandeza del pueblo que la habla y estendida desde oriente hasta los últimos confines del mediodía de Europa se reforma con el cristianismo y llega á ser la lengua universal.

Este siglo ha merecido perpetuarse en las edades posteriores, y en efecto se le recuerda y estudia continuamente por los que aspiran á tener un conocimiento perfecto de aquella lengua.

Merece citarse como fuente del conocimiento las elegías de Catulo, que ha sido juzgado por algunos como el Petrarca de la edad antigua por haber dado elegancia y brillo á su lengua, despojándola de algunas formas ásperas y duras, y por otros como Escaligero muy al contrario, pues dice este ilustre crítico del siglo XVI en el libro 6.º de su Poética refiriéndose á Catulo «Nihil non vulgare est in ejus libris; ejus autem syllabæ cum duræ sumt, tum ipse non raro durus» sin embargo sus versos respiran una suavidad y una dulzura encantadoras, la manera de expresarse es llana, la construcción de las palabras natural y sencilla, la expresión de los pensamientos, elegante y fluída, como lo prueban los versos del Carmen 3.º

Virgilio en la Eneida nos ha dejado también una fuente de purísimas aguas á donde puede estudiarse la lengua latina, y prescindiendo de algunos defectos en la composición y desarrollo del plan, los giros que imita de los griegos, el trabajo de composición propio de las lenguas orgánicas, como la griega y la latina, la riqueza de voces con que dota á su propia lengua, la admirable

construcción de las frases, la rotundidad de sus períodos, la elegancia y delicadeza en la expresión de los afectos, la flexibilidad que en sus manos adquiere el idioma de Lacio, nos obliga á que consideremos como una de las obras más necesarias para el estudio de esta lengua á la Eneida de Virgilio, que tan buen juicio mereció á Prudhon, como concepción artística. Pueden consultarse de este autor además de la Eneida sus poesías bucólicas, que con el nombre de églogas se hallan en Schoell, tomo I, págs. 353 y siguientes de su historia comparativa de la literatura romana, puesta por orden cronológico.

Sin abandonar los poetas de este siglo, que nunca admiraremos bastante, correspóndenos hablar del poeta de Sulmona, del autor de las Tristes, del cantor melancólico que desde su destierro lanza sentidas quejas contra la injusticia de los hombres y en hermosos versos desahoga la pena profunda que á su corazón oprime, lejos de su patria, de su esposa, de los objetos más queridos de su alma, del poeta incomparable por la fecundidad de su genio, por la valentía de sus conceptos, por lo atrevido de sus figuras, por la variedad en la manera de expresar sus pensamientos, por la gracia de sus construcciones, por los raudos vuelos de su imaginación, de Ovidio, en fin, cuyo nombre ha pasado á la posteridad como símbolo

del mártir de una generación corrompida, como la víctima de un déspota, naturalizado con su siglo y como él disoluto y corrompido también. No pretendemos una acertada elección entre las obras de este fecundo escritor latino, que hubiéramos de señalar como fuentes para el conocimiento de esta lengua: estudiámoslas todas en la seguridad de encontrar abundante doctrina, un catálogo riquísimo de voces y los giros más adecuados al carácter del pueblo romano. La metamorfosis, poema en quince libros, que contiene 246 fábulas, es una obra acabada del genio y del arte, y entre éstas la fábula de Piramo y Tisbe. Tiene algunas transiciones violentas y algunas descripciones obscenas, pero estos son lunares que borra la belleza del poema, que en la época del renacimiento mereció el magnífico nombre de Biblia de los paganos. Para la adquisición de muchas palabras de uso común puede consultarse su *Halienticon*, en el que se trata de los peces, del modo de poseerlos, de sus diversas especies é instintos. Los fastos de Ovidio, que según opinión acertada de un escritor de la edad media merecen el nombre de Martirologio de la antigüedad, aunque adolece de grandes defectos en cuanto al poco conocimiento que demuestra el poeta sobre los estudios astronómicos, los aficionados á la literatura clásica deben considerarlos

como uno de los monumentos más preciosos de la antigüedad; del propio modo merecen citarse sus Eroidas, cartas amorosas, que atribuye Ovidio á ilustres personajes griegos por lo escogido de sus frases y lo armónico de sus versos, si bien se nota en estas como en las demás obras el frecuente abuso de los epítetos y repeticiones.

Los cinco libros de los Tristes y los cuatro del Ponto tienen menos elegancia, que las anteriores obras; su estilo es más pesado y monótono en los primeros que en los últimos: con todo, su elegía 3.^a del libro 1.^o es un modelo acabado para la expresión de los sentimientos más delicados del corazón humano.

Merece un lugar preferente en esta reseña, el más ilustre de los líricos latinos. Horacio, con justicia reconocido y acatado por príncipe de la poesía lírica, de cuyas obras tiene que hacer un estudio profundo todo el que anhele conocer á fondo la lengua á que él debió su inmortalidad, necesidad que han reconocido todos los críticos desde los primeros gramáticos de este mismo siglo hasta nuestros días, y si las versiones que se hacen de una obra á idiomas diferentes de aquel en que se han escrito, prueba como no puede negarse, su mérito, y la necesidad de estudiarlas como modelos para el arte, cuyas reglas son universales, puesto que también es universal la belle-

za, que es su objeto, y para la lengua cuyo estudio intentamos, las producciones de este insigne vate obtuvieron esta aceptación como lo prueba fijándonos principalmente en su obra inmortal «Epístola á los Pisones» y exponiendo á la vez las traducciones que de la misma se han hecho en verso Castellano.

La epístola de Horacio escrita sin pretensiones, como se dice ahora, y solo con el objeto de dar á conocer á los hijos del Cónsul Lucio Pisón las reglas más convenientes de poesía para dirigir sus estudios en tan difícil y ameno arte; ha venido á ser á pesar del trascurso de los siglos, y lo que se ha escrito sobre ésto, calificada como el código del buen gusto y la compilación de los mejores preceptos de Poética.

Ni la del Cisne de Cremona, escrita en latín á principios del siglo xvi, ni la Francesa de Boileau en el xvii, ni la del maestro Martinez de la Rosa (que honra á la nación en que se ha escrito), ni cuantos ensayos de los poemas didácticos sobre este asunto, más ó menos extensos, se han hecho en los tiempos modernos por escritores de gran fama, competir pueden, ni oscurecer ó minorar la adquirida con tanta justicia por el lírico venusino, ni mucho menos olvidarse ó caer en desuso las reglas que con tanto acierto dejó consignadas en su célebre epístola, conocida vulgarmente con el

nombre de *Arte Poética*. Los vates que, favorecidos del númen, han querido inmortalizar su gloria, bebieron en aquellas fuentes, se empaparon, por decirlo así, en tan sanas doctrinas, y cantaron lo que el génio y su imaginación creadora les inspiraba en el lenguaje de los dioses.

Ninguna obra de la antigüedad se ha generalizado tanto, de ninguno se han hecho tantas traducciones, de mérito sobresaliente algunas, interesantes las más, y que cada cual respectivamente, satisface el gusto predominante de su época, hasta el punto de ser las españolas, variadas, escogidas, y que llegan algunas casi á la perfección, superando quizá á los extranjeros en lo que comparativamente se ha escrito en verso ilustrando á Horacio y dándole á conocer.

No contentos algunos poetas de primer orden con lo escrito originalmente en este género, la tradujeron también, la comentaron y explanaron á fin de hacerla comprender, no solo de los más tiernos jóvenes cursantes de Latinidad, sino hasta de los más versados en estudios filológicos. Señal evidente de que la Epístola de Horacio conserva la primacía, es y será la producción más importante que nos ha legado la antigüedad, y á la que los poetas, los críticos y cualquiera persona de gusto tiene que acudir para fundar sus juicios. Lo escrito después de aquél no puede ser más que una va-

riación de forma ó repetición de lo dicho hace cerca de dos mil años por Horacio, sin que (salvo alguna pequeña modificación en la dramática, que el diferente gusto de los tiempos ha traído consigo) tenga que sufrir reforma ni contrariedad alguna.

Las versiones en prosa sirvieron principalmente para facilitar los estudios de latinidad; y han sido tantas que sería difícil dar una noticia circunstanciada de ellas; no así las en verso castellano, las cuales ya por lo difícil de su traducción, ya por pertenecer á un género de poesía poco cultivado entre nosotros, y ya también por ser en menor número que las primeras; aun así resulta ser todavía más numerosas las traducciones en verso que tenemos de la Epístola de Horacio, que las producciones originales en la poesía didáctica.

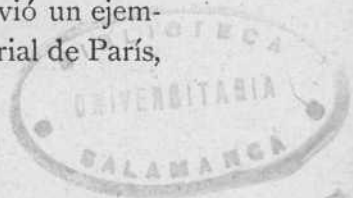
Por tanto nos proponemos publicar cuantas noticias hemos adquirido acerca de ellas y su mérito respectivo, clasificándolas por orden de antigüedad.

La primera traducción en verso que se publicó en nuestra patria fué sin duda la del Licenciado D. Vicente Espinel, impresa en Madrid el año 1591, la cual se reimprimió en la corte el año de 1768 y hállase al principio del tomo de la colección de Poesías Castellanas, titulado «Parnaso Español» que publicó D. Juan López Sedano. Esta

traducción está hecha en verso suelto, sin consonante, ni asonante y consta de 818 versos, de suerte que teniendo la Epístola de Horacio 476 éxámetros, no sale todavía cada verso latino por dos castellanos.

Adolece según D. Tomás de Iriarte de mala inteligencia del texto original en muchos pasages, y de poco acierto en el uso de la versificación castellana; pero la clase de metrificación escogida por Espinel no es defecto, ni puede calificarse de tal, puesto que algunos otros después usaron el mismo metro, logrando ser tan concisos como el autor original y con la mayor perfección posible. Sin embargo, como la primera traducción que conocemos, merece aprecio y estima, pues abrió el campo en que después se ensayaron diferentes poetas, logrando justa fama por sus versiones del príncipe de los poetas líricos.

La de D. Luis Zapata, que corresponde con corta diferencia de tiempo á la de Espinel, es tan poco conocida que según Iriarte fueron inútiles sus diligencias para consultarla ántes de publicar la suya; y aunque suponemos que carece de ella la Biblioteca Nacional de Madrid, y la mayor parte de las del reino, por ser tan rara, refiere no obstante el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, en una nota de sus obras poéticas, y que vió un ejemplar de aquella en la Biblioteca imperial de París,



unida á las Flores de Poetas de Pedro Espinosa. Esta traducción de Zapata hecha en verso suelto aparece impresa en Lisboa el año de 1592, un año después que la de Vicente Espinel; pero según opinión de D. Francisco Javier de Burgos debe valer poco, á juzgar por otras traducciones que de Horacio había hecho Zapata.

El Licenciado Francisco Cascales en su docto libro titulado «Tablas Poéticas», impreso en Murcia el año 1617 inserta como muestra unos 150 versos del poeta latino trasladados al castellano en verso suelto; pero él mismo asegura al principiar su primer diálogo, que había hecho la traducción por completo del Arte Poética de Horacio.

La del P. Jesuita Catalán José Morell, fué impresa al fin del tomo de sus poesías selectas, que se publicaron en Tarragona el año de 1684; y aventaja á las anteriores por haber comprendido mejor el texto latino del original, y tener más artificio los versos castellanos, hallándose bastante facilidad en el uso de los consonantes; pero el continuo martilleo que resulta en los versos pareados en que está escrita su traducción la hacen poco apreciada en la buena poesía.

En la obra titulada «Seminario Victoriense», impresa en Victoria el año 1730 se halla traducida y glosada esta Epístola por el Presbítero Don Juan Infante y Urquidi; la glosa está escrita en

octavas, y á cada una precede la parte de texto latino que se intenta glosar; pero es de tan escaso mérito, que á juicio de personas entendidas, incluso el mismo Iriarte, esta obra, ni bien es glosa, ni bien paráfrasis, ni menos traducción, sino un voluntario escaramucear en el campo de Horacio.

Hasta aquí deben considerarse como antiguas todas las traducciones del arte Poético del lírico de Venusa que vamos refiriendo; y juzgados con imparcialidad puede asegurarse que sus traductores no comprendieron bien la índole de Horacio, su claridad y concisión, ni cómo debe ser interpretado, en nuestra lengua, eligiendo la clase de metro más análoga y conveniente para esta clase de versiones.

Ya en el año 1787 dió á luz D. Tomás de Iriarte la suya, que se halla publicada con sus obras en prosa y verso en Madrid por D. Benito Cano; y á pesar del rigor con que le juzga Javier de Burgos con el cual algunos críticos no están conformes del todo, pues el prosaismo de su versión era no solo suyo, sino defecto dominante de la época, reacción necesaria á que nos trajo la oscuridad y y alambicamiento conceptuoso del Culteranismo que había dominado anteriormente; la traducción de Iriarte, sin embargo, hizo dar un gran paso para la inteligencia de Horacio, y quizá sin ella no hubieran mejorado tanto las suyas los que le si-

guieron después: la claridad, pureza y elegancia de su prosa no falta tampoco en sus versos, y aunque no acertase con el estilo y lenguaje poético, más acomodado á los géneros que cultivaba algunas veces, siempre debería colocarse su traducción como la primera de los modernos, que despejó el campo y abrió la senda por donde llegaron otros á interpretar perfectamente á Horacio.

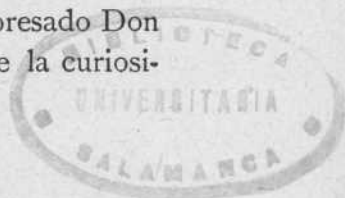
Fué uno de estos D. Francisco Javier de Burgos, el cual dió á luz en 1820 la suya con las demás obras poéticas de aquél, traducidas primorosamente al castellano y en diversidad de metros después las perfeccionó en su segunda edición publicada como la primera, en Madrid, por los años 1844, asegurándose que rivaliza con las mejores del extranjero y que se honra la nación española con tan buen intérprete.

En 1828 publicó en París Julio Didot la de Don Francisco Martinez de la Rosa, que se halla en el tomo 4.º de sus obras literarias, y á la que sigue una exposición de la epístola de Horacio á los Pisones, acomodada más bien para servir á los estudios de Retórica y Poética, que útil en las interpretaciones puramente gramaticales; aun así y tal como es, no desmerece de la anterior, figurando entre las mejores versiones, pues no podía menos de interpretar bien á Horacio, el que con tanto acierto y soltura escribía una Poética castellana.

Ya por este tiempo, y acaso ántes, circulaba manuscrita la del modesto literato y profundo humorista D. Juan Gualberto González, sirviendo de texto para el estudio de los alumnos del Colegio de S. Mateo en la corte; dicen que era muy apreciada, no solo por su concisión á que tan fácilmente se presta el verso suelto, sino que por lo útil para la inteligencia del original latino. Después la publicó su autor en Madrid por los años de 1844, unida á otras obras literarias suyas, y puede muy bien hoy alternar entre los mejores con mucho lucimiento.

A las anteriores hay que agregar la última que ha dado á luz en Burgos el año de 1855 Don Raimundo Miguel; y aunque sin pretensiones como él mismo lo asegura, pues no ha sido su objeto, sino el apropiarla á la débil comprensión y capacidad de los niños que estudian latinidad; no por eso deja de tener su mérito, á pesar de haber explicado y desleído verso por verso la doctrina del original, cuyo sentido literal y figurado ha puesto al alcance de la más tierna juventud.

Ignoramos si de las que siguen habrán visto la luz pública algunas; como inéditas creemos que deben considerarse y figurar en las traducciones de Horacio; ojalá que, al reproducir estas noticias que publicó por primera vez el ya expresado Don Juan Gualberto González, se excitase la curiosi-



dad del Gobierno, á fin de adquirir los manuscritos, ántes que se pierdan; lo que no es difícil por haber ocurrido defunciones y pasar á otras manos. Hallábanse éstos, no hace muchos años en la Biblioteca particular del consejero de Estado Don Fernando La Serna: pero muerto este se habrán repartido entre sus herederos, que no se sabe si los conservan todavía. Consistían en una traducción de la Epístola de Horacio, debida á la pluma de D. Tomás Tamayo de Vargas; otra de un padre Jesuíta que también tradujo las demás poesías de Horacio, y por último las de otro traductor desconocido, que se propuso en la suya demostrar que el castellano es aún más conciso que el latin, y al efecto tradujo en 595 versos endecasílabos los 376 exámetros de Horacio, cuyas sílabas, habiendo tenido la humorada y proligidad de contar, ascienden á 7051, resultando 406 más que las de su traducción y por consiguiente dejó resuelta la controversia en favor del Castellano. Estas traducciones las vió, leyó y consultó D. Juan Gualberto González, ántes de publicar la suya, no se puede dudar de su veracidad y existencia.

Finalmente D. Javier de Burgos intérprete el más concienzudo é investigador que ha tenido Horacio, y el que hizo un estudio profundo de sus obras y de los que la tradujeron, y comentaron tanto en España como en el Extranjero; refiere,

con respecto, á los modernos, las noticias siguientes: «A las traducciones de Dacier, Sanadon, Banteus, Daru, Gazolli, Borgianelli, Metastasio, Wieland y otros, que consulté antes de publicar mi primera edición de las obras de Horacio traducidas en verso castellano y en variedad de metros; añadí (en la segunda) para mejorarla, las de Vanderbourg, Campenon y Desprez, Worms de Bomilly, Halevy, Goupil, Delort, Gargallo..... y otros.....

La multitud de versiones, de que hemos hecho mención, prueban que no en vano admiraron todas las edades al divino cantor de las glorias de Augusto, que se han considerado siempre sus obras como la fuente del conocimiento más necesarias, más dignas de estudio en la lengua latina.

En las 103 odas que contienen los 4 libros primeros, los 17 del 5.º titulado de los épodos, el *Carmen sæculare*, las 18 sátiras que comprende en dos libros, y otros dos que contienen 23 epístolas, con la ya citada de los Pisones, pueden verse los progresos que había hecho la lengua latina en manos de los escritores del buen siglo de su literatura: rica en flexiones se presta á todos los giros y á la elegante construcción de las frases desarrollando en toda su plenitud la ley propia de las lenguas sintéticas, deja en libertad al escritor y recomienda tan solo á su buen gusto la construcción de las frases, la acertada elección de las palabras, el buen

gusto en el estilo y la armonía de sus versos. Veamos por último el juicio que mereció nuestro poeta al eminente humanista y geógrafo Malte-Brun «¿Cómo traducir, dice, á un poeta que toma sucesivamente el vuelo del águila y el de la abeja, que ya es el ministro del rayo y ya liba la miel de las flores? á un poeta que pasa á cada instante de las graves meditaciones de la más alta Filosofía á las travesuras de una agradable licencia, que nos traslada del voluptuoso gabinete de su amante á las llanuras ensangrentadas de Filipos, de la festiva mesa de Mecenas á la cima inhabitada de los Alpes? á un escritor; que dueño de tantos objetos diferentes, sabe dar á cada uno el estilo que le conviene, y dobligar su lengua, todavía novicia y rebelde, á tantos giros audaces y nuevos? á un poeta en fin, que seco, raro y enérgico en sus sátiras, elegante, sencillo y gracioso en sus epístolas, recorre con maestría todas las cuerdas de la lira, y que igual á Pindaro por sus figuras atrevidas, á Safo por sus frases animadas, á Anacreonte por sus imágenes graciosas, creó además el lenguaje de la oda filosófica, de que los griegos no le habían dejado modelo alguno?

Este Proteo literario es Horacio».

Emplea además los epítetos con un arte, con una maestría y facilidad extraordinarias, no hallándose en sus obras, sino muy rara vez, esos adjeti-

vos de vaga significación, que entre nosotros han merecido el nombre de ripios; sus epítetos siempre dicen algo, y con ellos dotó á su lengua de una riqueza de expresión admirable.

La elegancia que había adquirido la lengua latina en este período no obsta para que tengan lugar los arcaísmos, á que se muestra muy aficionado Lucrecio en su poema titulado «De rerum natura» lo cual ha hecho creer á algunos críticos, que se habían hecho dos ediciones de esta obra, ó que el autor la reformó después de la primera edición ó la revise otro; lo que hay de cierto es que los copistas de siglos posteriores al en que escribió Lucrecio quitaron de su poema todas las palabras antiguas, y esto hace que parezca una obra distinta ó por lo menos corregida por el mismo autor; son notables en el poema citado la energía y rigor en la expresión de los pensamientos y sus palabras duras y ásperas.

Entre los prosistas merecen citarse como fuente del conocimiento los Comentarios de Bello Gallico y de Bello Civili del historiador elegante y sencillo, Julio César, cuyo estilo es tan conciso, que en muy pocas palabras describe un hecho de armas, ó nos dá idea del carácter de un pueblo determinado; la guerra contra Yugurta y Conjuración de Catilina de Salustio, y sus dos cartas á César una antes de estar en Roma y la otra después de la ba.

talla de Farsalia; su estilo es conciso, usa mucho de los arcaísmos y debemos evitar con cuidado imitarle en los solecismos, que abundan en sus obras; la guerra contra Yugurta y la Conjuración de Catilina son dos monumentos literarios de grande estima, tanto para el historiador como para el filósofo; las vidas de los capitanes ilustres de Cornelio Nepote; usa también muchos solecismos, y algunas veces expresiones y palabras poco castizas, su estilo es fácil; su lenguaje sencillo y elegante la historia de Roma de Tito Livio, príncipe de los historiadores Romanos, de lo que poseemos los 10 primeros libros, que comprenden los 460 años primitivos de Roma, el libro 21 hasta el 45, que abrazan desde la primera guerra púnica hasta la sumisión de Macedonia y un reducido número de fragmentos, uno de ellos del libro 91 encontrado en el Vaticano en el año 1722; su estilo es magnífico y elevado, admirables sus descripciones y modelos de grande elocuencia las arengas que pone en boca de los personajes; en una obra de Mr. Taine, titulada «Essai sur Tite Live» puede estudiarse á este historiador que ha alcanzado una merecida inmortalidad.

Pero al analizar las fuentes del conocimiento en esta época fecundísima de la lengua latina hemos de detenernos un momento en recomendar con mucha eficacia las obras del fervoroso repu-

blicano, del ilustre filósofo y príncipe de los oradores, Cicerón, el ardiente patricio, dispuesto siempre á sacrificarse por la felicidad de Roma, el perseguidor de Catalina, el poderoso acusador de Verres, el patrono de Publio Sextío y de Plaucio, el eminente publicista y representante de la Filosofía y de la elocuencia en el siglo de Augusto, Cicerón, cuya muerte extendió un espeso velo sobre la tribuna, que en los tiempos modernos será ocupada por otros oradores amantes de la verdadera libertad y de la justicia para destruir con su elocuente voz todos los vicios, toda la inmoralidad del miserable despotismo.

La lengua adquiere en sus manos una gallardía, un vigor, que nos encantan, la pureza de sus palabras, la bella construcción de las frases, la rotundidad y armonía de los períodos nos prueban que había llegado el período de perfección, ese momento supremo de las lenguas en que la suavidad sustituye ventajosamente á la rudeza de las expresiones en la edad espontánea ó de formación; de forma que los sentimientos más delicados del corazón humano, las grandes exaltaciones, como la gravedad filosófica, todo se expresa convenientemente, todo se presta, la riqueza de sus flexiones, la abundancia de sus conjunciones, la facilidad que proporcionan las pasivas de la conjugación para expresar todos los estados, las cualida-

des todas de los objetos, y sobre todo el hipérbaton y la elipsis hermo­seando y dando energía á la expresión de todos los afectos. Por esto han considerado las obras de Cicerón como una de las fuentes principales para el estudio de la lengua latina, obras que han sido juzgadas como los mejores modelos para los humanistas más célebres de todos los siglos, como lo prueba la obra que bajo el título de «Preceptistas latinos» publicó en Madrid el año 1846 el catedrático Dr. Don Alfredo Adolfo Camus, autoridad respetable en esta clase de estudios, en la cual dá un lugar preferente á las obras de Cicerón tituladas: de *oratore*, de *claris oratoribus* y *orator*. Cicerón se nos presenta en estas obras como un crítico eminente, como historiador de la buena elocuencia, deseando que el lenguaje del orador sea fácil, sencilla y elegante, prescribiendo las palabras que ya no están en uso y las frases de violenta construcción; los oradores más distinguidos de Roma, las dotes oratorias de Craso Lelio, Catón y los Gracos, de Antonio y otros muchos son descritas con admirable maestría, con sensatéz y buen gusto; la titulada Orator merece sobre todo estudiarse por los que se dediquen á la elocuencia, porque sus preceptos son el fruto de grandes meditaciones y de la experiencia de un hombre, cuya voz resonó tantas veces en el foro y en la tribuna.

Son muy notables entre los discursos de Cicerón las Oraciones Catilinas, las Verrinas y las Filípicas. Su tratado de las leyes, el «de Finibus bonorum et malorum» las cuestiones académicas, los cinco libros de las Tusculanas en los dos de la Adivinación, el de *Officiis*, *De Republica* y sus cartas familiares, sirven de guía seguro y modelo perfecto para el estudio de la lengua latina por la elegancia del lenguaje, por la facilidad del estilo y por el gusto que domina en la colocación material de las frases.

La gramática en este período tiene también sus representantes en Varrón, M. Verrío Flaco, y C. Julio Higino. Difícil tarea es la formación de una gramática si ésta ha de traducir, como debe, en formas científicas las leyes naturales que en la lengua se han manifestado, porque no es la formación de la Gramática un trabajo á priori y puramente filosófico, sino la exposición á posteriori de las leyes manifestadas en las creaciones espontáneas de la lengua, y es además importante su formación é interesantísimo el separar lo que es original y forma, por tanto, la fisonomía propia de un pueblo, de lo que es causado por influencias históricas de las palabras y giros adoptados por el contacto con otras lenguas, porque ha de servir más tarde de regla á que han de sujetarse las obras de los escritores.

Por esto se encargan de formar las gramáticas á las corporaciones científicas, donde se agrupan los hombres más eruditos de una nacionalidad determinada. De estas consideraciones se deduce la importancia que tiene para el crítico la obra de Varron, titulada «De lingua latina», la cual no ha llegado íntegra hasta nosotros, y de los fragmentos que se conservan se ha sacado casi todo lo que sabemos sobre los orígenes de esta lengua, siendo indudable que si se poseyera completaría una de las fuentes más útiles para su conocimiento.

De los 24 libros en que estaba dividida, se conservaron del 4.º al 9.º inclusive; según puede colegirse por los fragmentos que han llegado hasta nuestros días, la obra está dividida en tres partes: en la 1.ª, que comprendía 6 libros, trataba del estudio etimológico de la lengua, no solo bajo una consideración general, sino en detalles, examinando las opiniones de los críticos que en pró ó en contra de esta lengua había hallado. En el libro 5.º traza este plan «*Quemadmodum vocabula essent imposita in lingua latina, sex libris exponere institui. De his tres ante hunc feci, quos Septimio misi; in quibus est de disciplina quan vocaut ἐτυμολογικήν. Quæ contraea dicerentur, volumine primo: quæ pro ea, secundo: quæ de ea, tertio. In his ad te (Ciceronem) scriban á quibus rebus vo-*

cabula imposita sint in lingua latina, et ea, quæ sunt in consuetudine apud poetas» lib. 4.º, cap. I, ed. Nisard. En el libro 6.º trata de los verbos y tiempos, según el mismo dice «Origines verborum quæ sint locorum, et ea quæ in his, in prioribus libro scripsi. In hoc dicam de vocabulis temporum et earum rerum quæ in agendo fiunt aut dicuntur cum tempore aliquo, ut sedetur, ambulatur, loquuntur».

Al empezar el libro 7.º dice: «dicam in hoc libro de verbis, que a poetis sunt posita; primum de locis; deinde de his quæ in locis sunt; tercio de temporibus; tum quæ cum temporibus sunt conjuncta, sed ita ut quæ cum his sint conjuncta, adjungam, et si quid excidit ex hac quadripartitione, tamen in ea ut comprehendam.»

En la 2.ª parte que comprendía desde el libro 8.º al 12.º trataba de las versiones que sufren las palabras al recibir las diferentes desinencias de la declinación, conjugación y comparación, que comprende bajo el nombre común de declinación la cual se divide según el autor en natural y arbitraria, según que preside en ella la semejanza ó la anomalía, y esto mismo en los nombres que en los verbos, á cuyas dos partes de la oración reduce todas las demás, examinando por último el origen, formas y razón de las declinaciones.

Empieza la segunda parte de esta manera en

el libro 8.º «Prima parte exposita, de secunda incipiam hinc; ut propago omnis natura secunda, quod prius illud rectum; unde ea sit declinata; itaque declinatur in verbis rectum *homo*; obliquum *hominis*; quod declinatum á recto. De huiusce multiplice natura discriminum rationes sumt hæ; quot et quo, et quemadmodum in locuendo declinata sumt verba».

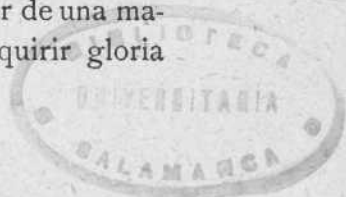
Desgraciadamente se ha perdido la tercera parte de esta gramática que comprendía los libros desde el 13 hasta el 24; se cree contiene la Sintaxis y formación de las frases por la unión de las palabras, que es el estudio más importante de la lengua, pues por él se conoce el carácter de las lenguas, sus idiotismos y construcciones mejor que por su Diccionario.

Por la reseña que hemos hecho de este tratado de lengua latina puede comprenderse la importancia que para el conocimiento de esta lengua tienen los fragmentos que se conservan de los gramáticos del siglo de Augusto y los del tiempo de la decadencia, base de los estudios modernos sobre el latín.

La obra de Verrio Flaco, titulada «De verborum significatione» y un tratado sobre la Ortografía, se han perdido, igualmente de la primera poseemos tan solo un compendio hecho por Sesto Pompeyo Festo, gramático del siglo iv de nuestra era.

El comentario sobre Virgilio del gramático C. Julio Higino, natural de España, tampoco ha llegado á la posteridad.

Hemos terminado el estudio que ligeramente venimos haciendo sobre las fuentes del conocimiento de la lengua latina en su buen siglo: nos resta tratar de algunos escritores que se acercan mucho á los de este fecundísimo período; pero el método aconseja que hagamos la conveniente separación entre unos y otros, toda vez que en los últimos se notan ya los signos de la decadencia á que fatalmente y con precipitación lastimosa caminaba la lengua de Cicerón y de Horacio, como lo prueban la multitud de solecismos que usan en sus obras, la variación de las flexiones; la introducción de palabras estrañas y la novedad de los giros. En vano se establecen bibliotecas, los esfuerzos de Tiberio, Vespasiano y Trajano son un dique muy débil opuesto á la decadencia; en vano se abren escuelas pensionadas por el Gobierno y se estudian los clásicos, dando preceptos acerca del buen estilo y de la pureza del lenguaje; la sociedad romana marchaba á pasos agigantados á su decadencia, tanto política como literaria, porque la verdadera libertad había huido de aquel pueblo y los genios oprimidos por las cadenas de la esclavitud no podían creer ni pensar de una manera racional y libre, y creyeron adquirir gloria



usando de nuevos giros, adoptando frases diferentes de las frases y de los giros que constituían el lenguaje castizo y armonioso del siglo precente. Y aunque aparecen bajo el imperio algunos períodos de libertad, se había generalizado tanto la corrupción del lenguaje, y aquella libertad era tan efímera y poco estable, que no era posible volver al lenguaje su antigua elegancia, sus gracias y pureza por aquellos escritores que solamente conservaban el recuerdo de aquellas instituciones democráticas en cuyo seno se habían formado los poetas y oradores de la antigua Roma, que fueron y serán siempre la admiración del mundo literario. La hora de la decadencia había sonado y cuando llega la hora de la oportunidad para una reforma en las esferas de la actividad humana, son inútiles los esfuerzos del que intente oponerse á su realización, como nos lo prueba la historia de los pueblos y de todas las instituciones, como podríamos ver en la ligera reseña de las fuentes del conocimiento que á continuación hacemos:

Entre los poetas pertenecientes á este período merece citarse á Lucano, que en su poema de la Farsalia nos proporciona abundantes ejemplos de imágenes y descripciones que nos recuerdan el buen siglo de la literatura latina; á Silio Itálico, que en su poema de la segunda guerra púnica, se muestra muy aficionado imitador de los clásicos,

con los que puede compararse en pureza y muchas veces en elegancia; á Estacio, que escribió dos odas, la una dedicada á Septimio Severo y la otra dirigida á Máximo Junio, comparables con las líricas del poeta Venusino, y la Tebaida que comprende doce libros, dedicada á Domiciano; aunque sus versos tienen mucho de armoniosos, sus imágenes verdaderamente poéticas y sus arranques atrevidos le acercan á los escritores del siglo de Augusto, siguió también el gusto exagerado de esta época, que exigía comparaciones hiperbólicas, antítesis y todas las galas de una erudición impropia y forzada. Lo propio sucede en los Argonautas, poema en ocho libros de Valerio Flaco, que usando frases castizas es oscuro y afectado, en las seis sátiras de Persio, cuyo lenguaje es extraño é ininteligible, á pesar de los trabajos hechos por su traductor Selis. El lenguaje de las dieciseis sátiras de Juvenal es también poco castizo, sus frases carecen de elegancia y algunas son ya oscuras y enigmáticas. Citaremos, por último, los epigramas de Marcial y las fábulas de Fedro. Los 1.500 epigramas del primero contenidos en catorce libros, cuyos dos últimos llevan los títulos Xenia y Apophoreta, juntamente con otro libro ó colección de epigramas que Marcial recopiló y publicó, pero de todos los que no es autor, abundan en frases muy violentas, en locuciones vicio-

sas y conceptos oscuros, aunque demuestran la fecundidad de su genio y no escasean las buenas descripciones. Las noventa fábulas del segundo, que comprenden cinco libros son notables por sus frases castizas y estilo elegante. Se le atribuye el suplemento de 32 fábulas que bajo su nombre fué publicado en 1808; pero lo más probable es que sean de Nicolás Perotto, arzobispo de Manfredonia y autor de la *Cornu-copiæ*.

Si de los poetas pasamos á los prosistas observaremos los mismos caracteres, los propios signos que prueban la decadencia en su principio. Con efecto, examínese la gran parte del libro primero y todo el segundo, únicos que se conservan de la Historia Romana de Veleyo Patérculo, y su estilo elegante y el empleo de palabras y giros castizos nos hará recordar las obras del buen siglo, pero el abuso de los arcaísmos nos indicará también la línea que de éstas la separa; línea ostensible en sumo grado en la obra titulada «*Dictorum factorumque memorabilium*» de Valerio Máximo, pues el lenguaje de los nueve libros que se conservan de los diez en que se halla dividida, no es castizo é igualmente carecen sus períodos de elegancia y armonía. Los propios defectos se observan en las Historias y en los Anales de Tácito; comprenden aquellas 29 años desde el 69 de J. C. hasta el 96 y de ellos te-

nemos solamente los primeros cuatro libros y el principio del quinto; de los Anales, repartidos en 16 libros, que comprendían los reinados de Tiberio, Calígula, Clodio y Nerón, quedan los cuatro primeros y una parte del quinto, el once y casi todo el catorce, descubiertos por Angel Arcomboldi en el monasterio de Corvey en Wesfalia y publicados en Roma el año 1515 por orden de León X; carece de armonía en su estilo, pero aunque su concisión le hace aparecer muchas veces oscuro, ha sido y será siempre el historiador filósofo de todos los pueblos, cuyas obras se consultan con fruto. Su diálogo sobre los célebres oradores ó causas de la corrupción de la elocuencia «*De claris oratoribus sive de causis corruptæ elocuentiæ*» merece contarse también entre las fuentes del conocimiento en este período de la lengua; é igualmente las Biografías de los doce Césares, de Suetonio Tranquilo, en las cuales despliega un estilo sencillo y fácil, la narración espontánea y las frases castizas; tenemos también de este escritor las vidas «*de illustribus grammaticis*». Pueden, asimismo, consultarse las dos obras de M. Anio Séneca, tituladas «*Suasoriæ*» esto es, discursos del género parlamentario, en un libro, y «*Las Controversiæ*» en diez libros de los que se conservan el primero, segundo, séptimo, noveno y décimo; su estilo adolece de los vicios comu-

nes á los escritores de la decadencia, encontrándose rara vez en las obras aquellas rasgos de elocuencia propios del siglo de oro.

Otra de las fuentes de conocimiento, que nos recuerdan las obras del siglo de oro, es indudablemente la titulada «Instituciones oratorias» del inmortal M. Fabio Quintiliano, insigne compatriota nuestro, dedicado á los estudios clásicos desde su juventud, enseñó por espacio de 20 años los preceptos de la buena locución y de la perfecta elocuencia, cuyos preceptos están expuestos con palabras castizas y estilo elegante. Se tienen dos manuscritos originales de su obra; el uno fué encontrado en tiempo del Concilio de Constanza en Saint-Gall por el célebre literato Poggio, natural de Florencia, cuya primera copia hecha por éste se halla entre los manuscritos preciosos y raros adquiridos por los ingleses; el otro descubierto por Leonardo Aretino en Italia.

Muchos críticos están conformes con el elogio que hace Sacy, literato francés, que tradujo las cartas de Plinio el joven, hablando del mérito é importancia literaria de este escritor en el prefacio de su traducción: puede, con efecto, presentarse como modelo de elocuencia y buen decir que no desmerece de los escritores del siglo de Augusto, como se comprueba por una sola arenga que de él se conserva titulada «Panegírico en honor de Tra-

jano», y por sus cartas que componen 10 libros, que deben ocupar un sitio preferente en esta reseña por la elegancia de sus frases y por lo castizo de los giros y palabras.

En las épocas de la decadencia literaria escasean las obras de los grandes génios, y los escritores eminentes ceden el puesto á los preceptistas, que no pudiendo olvidar, ni dejar de admirar las grandes bellezas, se dedican á comentarlas, para que las generaciones futuras tengan modelos que imitar y fuentes donde beber la inspiración divina, que conoce la belleza y sabe expresarla por medio del buen empleo de la palabra; los grandes creadores ceden el puesto á los maestros de retórica, á los gramáticos y á los comentadores para que formulen en preceptos los hechos observados en las obras, para que descomponiendo y analizando minuciosamente sus períodos hagan notar á sus lectores las bellezas del estilo, la pureza del lenguaje, la claridad y energía de la frase. Esto precisamente sucede en Roma en el período comprendido entre la muerte de Augusto hasta Adriano; la lengua pátria se perdía y era necesario conservar en toda su pureza las obras de los clásicos y la lengua de Cicerón y de Horacio, que en contacto con otras lenguas iba perdiendo cada vez más su originalidad y elegancia; esta es la obra de los preceptistas y comentadores que á continuación expresamos.

Q. Ascanio Pedanio, del cual poseemos unos fragmentos de los comentarios sobre las oraciones de Cicerón, muy útiles para la interpretación ilustrada de algunas palabras de aquel célebre orador, y notables por la claridad del lenguaje. Las dos obras tituladas «Grammaticorum institutum» en dos libros y «De interpretandis notis Romanorum» atribuidas á un tal Probo son de escaso mérito; la segunda, sin embargo, contiene noticias muy curiosas sobre la estenografía ó arte de escribir abreviadamente entre los Romanos.

Remmio Fanio Palemón, uno de los más ilustres gramáticos de este período, escribió una gramática titulada «ars grammatica, ó summa grammatices, ó, según los copistas de la edad media, ars secunda, con cuyos tres nombres se la conoce. Trata en ella únicamente de la analogía ó etimología, una de las partes en que se considera dividida la gramática, y dice hablando de las declinaciones del nombre que el ablativo del singular es la norma para la formación del número plural, que deben llamarse triplota los nombres de tres casos solamente, que algunos nombres de la 4.^a como *arcu* hacen el dativo plural en *ubus* y otros como *versu* en *ibus*; divide el pronombre en finito, como *ego*, infinito como *quis*, y menos finito que no determina claramente la persona, que *ego* carece de vocativo, que *quis* viene de *á quo* del propio modo

que *doctis* viene de *docto* y era de género común entre los antiguos, concluyendo esta teoría con el pronombre *idem* para entrar en el estudio del verbo, que divide en activo, pasivo, neutro, común y deponente, del participio, así llamado, dice el autor, porque participa de nombre y verbo, del adverbio que divide en primitivo y derivado, y por último de la preposición que llama nota de acusativo ó ablativo.

Por la breve reseña, que acabamos de hacer, se vé claramente que los estudios gramaticales se hallan en su infancia, pues no comprende de este arte la sintaxis, que con sus preceptos para la buena construcción de las palabras en la oración y para el conocimiento de los idiotismos es la que nos enseña principalmente el carácter ó fisonomía propia de una lengua.

La libertad que disfrutó el imperio en tiempo de los Antoninos contribuyó á dar un nuevo impulso á la cultura intelectual, pero fué impotente el anhelo de los escritores, porque las ideas del pueblo-rey habían degenerado y el lenguaje, que es su expresión inmediata, retrataba perfectamente el estado á que los gobiernos anteriores condujeron al pueblo, cuyas glorias cantaron en armoniosos versos los poetas del siglo de Augusto; por esto vemos en este período todas las producciones literarias son frías, lánguidas, revelando una

época de indeterminación, de oposición constante entre los elementos contrarios; el clasicismo latino desaparece, á impulso de las causas anteriormente dichas; los pueblos del N. toman carta de naturaleza en la nacionalidad Romana; la Religión Santa del Crucificado proclama la igualdad y protesta con sus puras enseñanzas, contra los vicios y la corrupción de la señora del mundo; la idea de lo bello se extingue por completo y la decadencia es cada vez más señalada por las antítesis, hipérbolos, y el abuso de adornos que estragan el gusto, llevándonos paulatinamente á la barbarie según podemos observar en los poetas y prosistas, cuyas obras apuntaremos en breve como las últimas fuentes de conocimiento; pues á fines del siglo v los pueblos del N. dán al latín formas toscas, palabras extrañas á la organización de las raíces y flexiones de la lengua, giros y locuciones tan inusitados como bárbaros. Además que Constantino traslada la silla del imperio á Bizancio se introducen en el latín palabras nuevas para expresar magistraturas, dignidades, cargos y oficios hasta entonces desconocidos; los filósofos, teólogos, jurisconsultos y médicos inventan ó forman del griego palabras técnicas y todo parece conjurarse para concluir con el clasicismo, con la pureza de la lengua latina, que quedó sepultada en el fondo de las bibliotecas, de conventos y monasterios hasta el Renacimiento.

Son fuentes del conocimiento en este último período «el Rapto de Proserpina» poema en tres cantos por Claudiano: el «Itinerarium sive de re-ditu» escrito con mucha elegancia de Claudio Rutilio Numaciano; siete églogas de Calpurnio, imitador de Virgilio y de Teócrito; el poema de Apoteosis ó de la divinidad de Aurelio Prudencio Clemente, el poeta cristiano más célebre del cuarto siglo, natural de Calagurris hoy Calahorra; el cual aunque conocedor de los buenos escritores, tiene un estilo muy incorrecto, locuciones que se separan de la buena latinidad, frases no muy castizas y algunas faltas en la metrificación. En el siglo v ocupa un puesto muy distinguido por su fácil versificación y estilo correcto el «Carmem paschale» poema en cinco actos de Celio Sedulio; en el siglo vi, en que ya ha desaparecido del mapa político de Europa el imperio de Occidente representante de la grandeza romana y de sus glorias literarias pueden consultarse las obras de los poetas Luxorio, Paladio, Juliano, Maximiano, Prisciano, San Orencio, Rustico..... y otros; en el siglo vii las de Flavio Sisebuto rey de los visigodos de España, Crescencio, el venerable Beda é Hildiberto.

Entre las obras en prosa pertenecientes al período de la decadencia merecen citarse las siguientes: un fragmento de la titulada «Origo gen-

tis romanæ» la «de viris illustribus urbis Romæ» atribuida á Cornelio Nepote, y la «de Cæsaribus, escrita en estilo fácil y sencillo por Aurelio Victor: la Historia Romana de Eutropio que carece de elegancia y de adornos; la Historia de Amiano Marcelino que comprende desde el año 96 de nuestra era hasta el 378, dividida en 31 libros, de los cuales se conservan 18; aunque su estilo es áspero y sus frases carecen de pureza, es uno de los mejores escritores de la decadencia, pues aquellos defectos son comunes á esta época, que no pueden presentarse como modelo para los que deseen conocer la lengua clásica de los Romanos; merece citarse en esta reseña en la que ocupa un puesto muy distinguido la historia del ilustre español Paulo Orosio, titulada «Hormesta» y según Schoell «Pauli Orosii Mæsta Mundi» pues aquella palabra no pertenece á ninguna de las lenguas conocidas y debe atribuirse á la ignorancia de los copistas que cambiaron Mæsta por Hormesta; igualmente la colección de ordenanzas y rescritos publicada y redactada por Casiodoro con el nombre de Variarum, en 12 libros; y para concluir con los historiadores citaremos la crónica de San Isidoro de Sevilla que lleva el título «de temporibus» y conocida también con el nombre de Abreviator temporum «Desexmundi ætatibus» é «Imago mundi, la Historia sive chronicon gothorum, y

la *chronica brevis regum visigothorum* del mismo. Entre los historiadores sagrados ocupan un puesto distinguido S. Jerónimo, Genadio y S. Isidoro, que escribieron bajo el título de «*Liber de scriptoribus ecclesiasticis*» y «*De viris illustribus*» la historia de los escritores sagrados.

Para concluir la reseña de las fuentes de conocimiento de la lengua latina en los siglos de su decadencia citaremos como tales «el asno de oro» del jurisconsulto Apuleyo, único representante de la Filosofía pagana neo-platónica, y sus dos obras de filosofía «*De mundo*» y «*De Deo Socratis*», en las que pueden notarse los mismos caracteres de los escritores de la decadencia; entre los Filósofos cristianos ocupa un lugar muy distinguido el Dr. de la Iglesia S. Agustín, que proponiéndose destruir todas las calumnias á los gentiles contra la Religión del Divino Redentor escribió su obra inmortal titulada la «*Ciudad de Dios*», en donde su elocuencia es enérgica, impetuosa, notándose en ella la íntima convicción del filósofo, del historiador, del teólogo, que defiende la verdad; es como dice el Sr. Constanzo, distinguido publicista y autor de un *Manual de Literatura Latina* y de una *Historia universal*, la oración fúnebre del imperio romano y sus páginas celestiales la mortaja en que quedó envuelto el paganismo; la obra «*de consolatione philosophiæ*» de

Boecio, de cuyo autor dice Schoell, pág. 218, tomo 3.º de su hist. comparada de la Literatura romana, París, 1815, que por su amor á las letras y la superioridad de su talento había logrado tal vez impedir la decadencia de la literatura latina, si la fuerza de un solo hombre de génio hubiera podido ser lo bastante para obrar este prodigio; esta obra está escrita en prosa y versos de distintos metros y dividida en cinco libros; sus pensamientos profundos demuestran que su autor había hecho un estudio muy detenido de los clásicos antiguos.

Hemos terminado la reseña de las fuentes de conocimientos que nos conducen á la posesión de la lengua latina por la observación de los hechos como causas de los conocimientos filológicos, y nos resta tan solo ocuparnos de las que son fuentes de conocimiento de las leyes formuladas por los escritores al descomponer y analizar las partes diferentes que componen las oraciones y los períodos, de las obras de los preceptistas y gramáticos que comentando las obras de los clásicos, analizando y anotando las bellezas y sus defectos han fijado la lengua y formulado las leyes indispensables para hablar y escribir correctamente y con perfección.

Entre estas obras merecen citarse la de Nonio Marcelo, titulada «de proprietate sermonum»

dividida en 19 capítulos, cuyos epígrafes son: 1.º de compendiose doctrina; 2.º de honestis et nove veterum dictis; etc.

Del estudio de esta obra se comprende fácilmente que no era un arte metódico el que en esta época se ofrecía, al que estudia la lengua; por él no se puede venir en conocimiento de ésta, toda vez que la Sintaxis se omite en este tratado, y sabemos que las lenguas no se aprenden exclusivamente por el diccionario, sino por la Sintaxis, que demuestra la naturaleza y carácter de aquéllas; mucho menos por unos artículos referentes en su mayor parte á fijar el género de los nombres y algunas particularidades sobre el significado y declinación de los nombres con materias de escaso interés sobre las conjugaciones.

La obra de Verrio Flaco titulada «de verborum significatione» es igualmente un tratado especial, pero no una gramática: fué compendiada por Sesto Pomponio ó Pompeyo Festo; está dividida en 20 libros por orden alfabético, desapareció en el siglo ix, pero en el xvi se encontró en Iliria un manuscrito desde la letra M en adelante; varios escritores publicaron los fragmentos de Festo, pero hoy la edición más completa es la de Egger—París 1839.

Examinemos ahora, aunque ligeramente, las obras del gramático Elio Donato, que forman un

curso completo y sistemático de gramática latina que puede considerarse como la fuente de todas las obras elementales posteriores, antiguas y modernas: publicóse esta gramática en París año 1516, unidas á los tres libros completos de Diomedes el gramático, al *ars secunda* de Quinto Remnio Palemón, al *ars* del jóven gramático Asper, *Comentarios* de Servio Honorato y de Sergio á la segunda edición de Donato, los *trabajos* de Focas sobre el nombre y verbo, y sobre la aspiración, etcétera.

La obra de Donato se halla dividida en dos partes «Ars sive editio prima de litteris, sylabisque, pedibus et tonís» «Editio secunda de octo partibus orationis»; estudia en la primera parte la voz, su naturaleza y definición, y en seguida expone sobre la teoría de las letras, sílabas pies, sobre los acentos y colocación ó tesis según los griegos. Empieza la segunda definiendo el nombre, pronombre, de sus accidentes y géneros, últimamente trata del verbo y del adverbio. Como vemos por esta ligera reseña omite también la parte que trata de la unión de las partes del discurso, y por consiguiente lo incompleto de este trabajo, si bien como decíamos anteriormente ha servido de base á todas las obras elementales de los tiempos posteriores.

Figura también en esta reseña la obra de Fa-

bio Mario Victorino titulada «De re gramatica, si-
ve de Orthographiá, de Carmine heroico, de ratio-
ne metrorum comentariis» en 4 libros; la de Julio
Severo «expositio pedibus» publicada por Hen-
singer y últimamente por Malio Teodosio; el ex-
tracto hecho por Joannes Scotus.

La de Servio Honorato que no hace otra co-
sa en su obra titulada «Interpretación sobre la se-
gunda edición de Donato», que definir el arte y
desarrollar las definiciones de las partes de la ora-
ción dadas por este gramático, adoptándolas y si-
guiendo un método en la exposición de los acci-
dentes que á ellas corresponde. Lo mismo puede
decirse de la Interpretación de Mario Sergio so-
bre la misma edición segunda; al dividir las partes
de la oración dice que los principales son nombre
y verbo, únicas admitidas por los Aristotélicos y
estóicos, pero que algunos gramáticos admiten
ocho, diez y aun once, que el nombre propio se
divide en pronomen, nomen, cognomen y agno-
men, que hay 27 especies de nombres apelativos;
al tratar del pronombre combate la opinión de
Probo que divide el pronombre en finito, infinito,
menos finito y posesivo, etc. creyendo más funda-
da la de Donato.

Otra de las fuentes muy preciada es la de Dio-
medes, año 1516, que lleva por título «De ora-
tione, de partibus orationis, et genera rhetorum;

como se vé está dividida en tres libros. De la exposición del plan de la obra de Diomades, se deduce la importancia que adquieren los tratados gramaticales, y como los ensayos informes que habían precedido ceden el puesto á tratados metódicos sobre las partes de la oración y su estructura, señalando un progreso que nos conduce á las gramáticas más perfectas de los tiempos del renacimiento.

Pero antes de ocuparnos de éstas, mencionaremos como fuentes de conocimiento la obra de Prisciano, titulada «Comentariorum grammatice libri XVIII ó de octo partibus orationis eorundenque constructione».

Los 16 primeros libros tratan de las ocho partes de la oración y se conocen con el nombre de *Gran Prisciano*; los dos últimos llamados, *Pequeño Prisciano* tratan de la Sintaxis, es la mejor gramática que nos ha dejado la antigüedad, es un trabajo completo de todo lo que necesita el que desea aprender las leyes fundamentales de la lengua latina; la gramática de Asper el joven titulada *Ars*, en la cual trata únicamente de las partes de la oración; la de Focas que lleva el título de Tratado sobre el nombre y el verbo; que principia por una lista de los nombres monosilábicos de género masculino, femenino y neutro, y después de algunas reglas acerca del vocativo y hablativo ex-

plica las cuatro conjugaciones, los participios y los verbos pasivos y deponentes.

Igualmente las «Instituciones gramaticales» de Probo en que trata de los elementos de las palabras, letras vocales, semi vocales, diptongos y consonantes explicando la formación del período de esta manera: «Vocalis littera naturæ deservit; consonans positionis. Ex littera syllaba nascitur; ex syllaba pes; ex pede comma; ex commata versus; ex versu colon; ex colone periodos»; trata después de la cantidad de las sílabas por posición, de las comunes por naturaleza y por posición de aquellas cuya cantidad altera el uso y del metaplasmo; en la gramática universal del mismo se ocupa de las cinco declinaciones, del nombre y conjugación del verbo, formación de los pretéritos y supinos y extructura de las cláusulas.

Por último, las *Etimologías* del inmortal San Isidoro de Sevilla, obra dividida por Braulio en veinte libros. Trata en el primero de la gramática que comprende la historia y la poética, explicando la naturaleza y signos del lenguaje, las partes del discurso, las leyes sobre la cantidad y acentuación prosódicas. En este libro atesoró toda la tradición filológica de la antigüedad y de los gramáticos y preceptistas de la decadencia latina. En el libro 9.º se ocupa de los orígenes y división de las lenguas. Se reduce el 10.º á un largo catá-

logo de voces de oscura ó dudosa pronunciación, cuya utilidad no puede negarse, aun después de los grandes progresos de la filología moderna. La importancia de esta obra como fuente de conocimiento, se deduce de las palabras siguientes con que termina el examen y juicio crítico de las etimologías el ilustre profesor señor D. José Amador de los Rios: «Reasumiendo cuantos elementos de civilización habían sobrevenido á la ruina del antiguo mundo, y dando al par clara idea del noble empeño que la Iglesia Católica había puesto para salvarlos del común naufragio, abrigándolos en su seno, aparece aquella obra prodigiosa como el vínculo que viene á enlazar las antiguas tradiciones de la edad media. Colocada, digámoslo así, en los confines de ambas edades, vémosla como el brillante faro de la segunda, que recogiendo el fruto de aquel felicísimo esfuerzo de la inteligencia, procura transmitirlo, cual herencia preciosa, á las generaciones futuras». Pueden también consultarse con muchísimo provecho, los trabajos respecto á este ilustre polígrafo español del sabio literato y profundo humanista señor Menendez Pelayo, el que después de hacer la exposición razonada de sus obras, entra en el examen crítico de sus Etimologías.

Poseemos además de San Isidoro las obras «De differentiis», «de synonymis» y «de propriis»

te sermonum» púramente gramaticales y filológicas.

Cuando se despertó la afición á la lectura de los clásicos latinos y griegos, fué necesario consultar los trabajos gramaticales de la decadencia de aquellas literaturas, y formar con su ayuda y la observación de los hechos las artes que enseñasen las leyes léxicas y gramaticales de las lenguas, cuyos autores se pretendía estudiar; fué necesario formar tratados metódicos para la correspondiente enseñanza de la lengua latina. De todos los publicados desde el principio del siglo xvi no trataremos, porque sobre ser demasiado prolijo, nos alejaría de nuestro propósito que es señalar las fuentes principales de conocimiento. Pero de las que juzgamos más esenciales, no podemos prescindir en su exposición de hacer una reseña ó mejor un índice de las materias que contienen, pues así puede apreciarse mejor su importancia, trazando en breves palabras el plan de la obra, y anotando las novedades introducidas por el autor, que señala un progreso en la ciencia gramatical.

Conforme á estas indicaciones citaremos la gramática latina de Lucio Mario Sículo, publicada en el año 1532. En las declinaciones de los nombres coloca siempre el adjetivo demostrativo hic, hæc, hoc, que llama artículo en todos los casos; en el estudio del verbo expone separadamen-

te la formación de los pretéritos y supinos, separación perjudicial que hace muy penoso el estudio.

Después de las ocho partes de la oración se ocupa en la Sintaxis de las concordancias de sustantivo y adjetivo, de sujeto y verbo y del relativo con el antecedente; trata, por último, de la cantidad de las sílabas, de los piés y clases de versos.

Es interesante también la Cornucopia de Nicolás Perotto, publicada en Basilea en el año 1536, por las noticias y juicio crítico que contiene sobre los epigramas de Marcial, sobre las obras de M. Terencio Varron «De lingua latina et de verborum origine».

Lorenzo Valla publicó en el año 1544 una obra titulada «Elegancia de la lengua latina» dividida en seis libros. Empieza su estudio por la primera declinación de los nombres, en la que hay ocho sustantivos, que terminan el dativo y ablativo de plural mejor en *abus* que en *is*; sin embargo las dos formas se ven usadas en Plauto, Ovidio, Focas, San Jerónimo y otros. En el segundo libro empieza estudiando los pronombres *mei*, *tui*, *sui*. En el tercero con el estudio de los genitivos *tanti*, *quanti*, *pluris* et *minoris*, que no pueden mudarse por otro caso. En el cuarto, dedica el autor á la exposición de las diferencias que hay entre las palabras y la recta interpretación que debemos darles. En el quinto, manifiesta la dife-

rencia de algunos verbos y locuciones, tales como las que existen entre *disco*, *edisco*, *dedisco*, *dedoceo*. En el sexto, combate las acepciones dadas por algunos gramáticos y juriconsultos á algunas palabras, como la dada al nombre *alumnus* por Nonio, á *stella* y *sydus* por Macrobio, á *persona* por Boecio, á *mulier* por los juriconsultos.

Menesio publicó en Salamanca el año 1546, un «tratado sobre los acentos, su colocación en las diferentes palabras ó partes de la oración».

Adriano, en el año 1548, publicó un trabajo titulado «De sermone latino et modis latine loquendi».

Francisco Martinez, Catedrático de Prima en la Universidad de Salamanca, publicó en 1597 «la introducción de la lengua latina». Enumeradas las partes de la oración, sin definir el nombre, ni explicar sus accidentes expone los paradigmas de las cinco declinaciones; pero á continuación dice que los nombres los unos son del género masculino, otros del femenino, etc.

Antonio de Nebrija publicó en Madrid, año 1643 las «Institutione gramaticales»; comprende cinco libros: en el primero trata de las declinaciones de los nombres y conjugación de los verbos, y la definición y uso de las cuatro partes declinables de la oración; en el segundo se ocupa del género de los nombres y análisis de los que per-

tenecen á cada una de las cinco declinaciones; en el tercero, de las ocho partes de la oración; en el cuarto, de la construcción de estas ocho partes, y en el quinto, de la cantidad de las sílabas, primas, medias y últimas, concluyendo con el arte métrica y teoría del acento.

Nouvelle methode de messieurs de Port-Royal pour apprendre facilement la langue latine. —8.^a edic.—Amsterdam, año 1696.

El P. Juan José de Alfaro publicó en Madrid, año 1733; la obra titulada «Explicación del libro cuarto y quinto del arte de Antonio de Nebrija; antes de entrar en la explicación de los citados libros, hace el autor una advertencia sobre la Sintaxis, su definición y división en natural y figurada, que en la construcción de las partes del discurso hay dos leyes régimen y concordancia, y trata de la concordancia del nominativo y verbo, etcétera.

La *Minerva* de Francisco Sánchez el Brocense, publicada el año 1752, dividida en cuatro libros y éstos en diferentes capítulos, es una obra importantísima y muy completa, á no ser por la brevedad que nos hemos propuesto, daría una reseña detallada de cuanto comprenden sus libros y capítulos. También se debe á este autor un tratado sobre la «Gramática latina».

D. Juan de Iriarte publicó una «Gramática

latina» en el año 1771. A semejanza de Tamara (D. Francisco), Francisco Sánchez, Brocense, Don Juan Pastor, catedrático de latinidad en Alcalá y D. Gregorio Mayaus, escribió Iriarte su gramática en verso: adopta las redondillas, á veces coplas con asonancia tan solo; y romance, define la gramática y la divide en las 4 partes, cuyas definiciones pone á continuación; define las letras, expone el número de éstas y de digtongos, la formación de las sílabas, y las 8 partes de la oración, define el nombre..... etc.....

D. Juan Antonio González de Valdés publicó en Madrid en 1798 la «Gramática Grecolatina y Castellana». En la gramática elemental trata de la verdadera pronunciación y escritura de las palabras, y en la que titula «Metódica sublime» enseña la esencia y accidentes de las palabras de un lenguaje por medio de los sonidos de la voz: se compone de cuatro partes, analogía, etimología, proxodia y construcción.

D. Francisco Sánchez Barbero, publicó en Madrid 1829 su «Gramática Latina», precedida de un discurso sobre la Gramática general, en el que expone con bastante claridad las leyes comunes á todas las lenguas, divide la gramática en analogía y sintáxis, y no considera á la proxodia y ortografía como necesarios para la manifestación de nuestros pensamientos, pasando en segui-

da á explicar las partes de la oración, y sus diversas funciones, considera á los artículos como enlaces naturales para la unión del nombre y otras palabras; llama al verbo la parte de la oración por excelencia, sin el cual nuestros juicios sobre las cosas no tendrían formación; dice que los modos son la manera de significar la acción, y sigue después tratando de las conjugaciones, de los infinitivos, participios y jerundios, siguiendo las disposiciones de Coudillal, Destut, Tracy, Brocense y otros: explicando por último las declinaciones de los nombres, los casos, concordancias, etc.

Entra después en el estudio de la Gramática latina, y una vez dada su definición habla el autor salmantino de las declinaciones de los nombres, y siguiendo el método que adoptó Varron, presenta en un cuadro sinóptico las de los sustantivos y adjetivos, haciendo después varias observaciones sobre las declinaciones, sobre la formación de comparativos y superlativos, nombres irregulares y pronombres.

El P. Calixto Hornero de la Resurrección publicó en Madrid 1843—una *Gramática Latina*, nuevamente reformada por el P. Pedro Alvarez del Espíritu Santo, ambos de las Escuelas Pías de Castilla: 4.^a edición—Madrid 1875. Es una obra de clara exposición, buen método y que contiene detalles que en otras no se encuentran, tiene una

buena lista de modismas, y un curioso tratado sobre «el régimen vario de algunos adjetivos y verbos».

Orodea escribió en 1844 las «lecciones escogidas de Latinidad» dispuestas para enseñar prácticamente las teorías y reglas de la Gramática.

D. José Carillo publicó su Gramática latina en Madrid 1845; divide el autor su obra en cuatro partes; en la 1.^a, trata de la Etimología; en la 2.^a de la Sintaxis, de la oración objeto de la Sintaxis; en la 3.^a habla de la Ortografía, en la 4.^a expone las reglas de la cantidad silábica y del arte métrica.

Concluida la gramática trata de la traducción que divide en literal y libre, revatiendo con ejemplos la doctrina de los que creen consiste la 1.^a en tomar palabra por palabra, pues consiste más bien en no dar á las voces la propia significación que le corresponde; en 25 reglas expone la manera de traducir literalmente, y en 11 la traducción libre, trabajo interesantísimo por la precisión que encierra en sus preceptos aclarados con ejemplos.

D. Luis de Mata Araujo publicó su nueva Gramática latina en Madrid año 1845. Examinada la pronunciación de las letras entra en el estudio de las partes de la oración, verificando la separación conveniente en el nombre llamando á este sustantivo diferente del adjetivo, expone las

reglas ó paradigmas de las cinco declinaciones. Divide la Sintaxis en dos partes; comprende la 1.^a la conformidad ó paralelismo entre las palabras variables y la dependencia que unas tienen respecto de otras; la 2.^a abraza la colocación material de las palabras, etc. Esta Gramática señalada en 1.^a línea como obra de texto por el Gobierno de Su Majestad 21 edic. Madrid 1857, imprenta de Don Norberto Llorenci, está muy bien redactada (creo que en la redacción muy clara y correcta, toma de ella en varias partes de la Sintaxis sobre todo, el insigne latinista D. Raimundo Miguel) contiene abundante y escogida doctrina, y está seguida de un utilísimo y muy metódico Apéndice, ó sea reglas para facilitar la traducción del Latín y unas observaciones sobre las palabras derivadas.

Este señor fué catedrático de Humanidades, Retórica y Poética de la extinguida Real Casa de Caballeros Pages de S. M. y de Literatura y Perfección de latín en la Universidad de Madrid, y finalmente director de la Academia Greco-latina. D. Marcos Marquez de Medina escribió en el año 1852 el «Arte explicado y gramático perfecto», dividido en tres partes; contiene la 1.^a la explicación de las declinaciones, conjugaciones, oraciones, calendas, etc., en la 2.^a, la Sixtasis con una introducción en que define la gramática y su división en metódica é histórica; en la 3.^a comienza

por la prosodia, y expone las reglas de la cuantidad, y unas notas sobre las diferencias que respecto á ésta tienen algunas sílabas según el uso, ya estén empleadas por los poetas ó prosistas, con un catálogo por orden alfabético de las dicciones equívocas en el acento y en la voz.

Thesaurus Hispano-Latino utriusque linguae verbis et phrasibus abundans, por Bartolomé Bravo, completado por Pedro de Salas y corregido y aumentado por Valeriano Requejo en 1800; tiene dos tomos. Es una obra de sinónimos latinos muy importante para los Españoles, puesto que los explica haciendo comparación con nuestra lengua.

Traité de Synonymes de la langue Latine por Barrault agregué de l' Université, con la colaboración para la 2.^a parte de M. Ernest Gregoire. París, librería de L. Hachett et Cie. Rue Pierre Larrazin, núm. 14—1853: esta obra está dividida en dos grandes partes; 1.^a, Los sinónimos de radicales idénticas ó sinónimos gramaticales: 2.^a, Los sinónimos de radicales diversas ó sinónimos etimológicos. Forman ambas partes un tomo bastante grueso, el autor bebe de buenas fuentes, razona bien, y la obra alcanzó en 1853 el premio de lingüística fundado por M. de Volney, y dá muchas luces en los modernos estudios de la filología. Se considera obra muy útil y buena.

Mr. Freund. Diccionario, Sinónimos.

I. Hill (1804) Edimburgo: un grueso volumen en 4.º titulado «The synonymes of the latin with critical disputation».

M. Ludwig Dæderlein: «Latinische Synonime und Etimologicen» tiene 6 volúmenes en 8.º— Leipzig—1822 -1838.

Gramatica Hispano Latina. Teórico práctica de D. Blas Cansera y Carrión, Dr. en S. Teología, cura párroco de Bicorp (Valencia).

Tiene mucha doctrina, aunque algo defectuosa en el tratado de oraciones, en la restante es buena. La redacción es mala y oscura.

Método para estudiar la Lengua Latina en combinación con la castellana de la R. Academia Española por D. José Campo y Rodríguez, presbítero y catedrático numerario que fué del Instituto de Lugo. Es una obrita de 140 páginas, escrita con mucha sencillez; no fatiga su estudio y tiene compendiado lo mejor y más importante de la lengua latina.

Gramática Elemental. Teórico Práctica de la lengua latina por el presbítero D. Mariano Páramo Roman, preceptor de humanidades.—2.ª edición, Madrid 1895. Tiene 158 páginas y merece un juicio parecido al del anterior.

Gramática Latina por el Dr. D. Joaquin Torres Assensio, dignidad de Chantre y profesor de

S. Teología en Granada. Solo conozco la Analogía que forma un tomito de 136 páginas de letra muy pequeña, bastante completo y bien escrito, con algunas curiosidades no comunes en otros autores. El autor promete en el prólogo publicar el resto de la obra escrito en Latin que seguramente ya habrá visto la luz pública.

Gramática Latina, Teórico práctica por Don Juan Pérez y Malumbres, Catedrático por oposición de Latin, y hoy de Filosofía en el instituto de Bilbao. Esta Gramática tiene dos tomos en 4.º de 286 páginas el 1.º y de 312 el 2.º

El autor se propone que los estudiantes de latin encuentren consignadas en su libro cuantas explicaciones son necesarias al completo conocimiento y aplicación de todos y cada uno de los preceptos gramaticales, acompañados de su demostración, siendo por lo tanto muy necesaria para todo el que quiera hallar fácilmente el conocimiento del Latin como se deduce perfectamente en los cinco juicios, á cual más favorables y laudatorios emitidos por el Correo Español. La ciudad de Dios. La Controversia, el *Boletín Eclesiástico* del obispado de Calahorra y la Calzada, y el Sr. D. Mateo Gelabert, catedrático del Seminario Conciliar de Palma de Mallorca.

Tiene también un folleto de 73 páginas en 4.º sobre la *Prosodia* y el *Arte métrica latinas*, muy

completo, curioso y bien escrito. Bilbao, Iturrubide, 2.—1895.

Prosodie latine por los ilustres filólogos. Charles Thurot y Emile Chatelain, 2.^a edición—París, librería de Hachette y Compañía, Boulevard Saint Germain 79—1892. En la parte prosódica (pues también se ocupa algo de la métrica) es más completa esta obra que la anterior, comprueba casi todas las reglas con ejemplos sacados de los clásicos latinos, ó cita los lugares en que pueden hallarse, y hace consideraciones sobre las formas que ciertas palabras han presentado en tiempo de la República y del imperio Romano.

Como el autor dice en el prólogo toma por base el *Thesaurus poeticus* linguæ latinæ (ó diccionario prosódico y poético de la lengua latina) de Mr. L. Quéicherat, única obra que la cantidad de todas las palabras empleadas por los poetas latinos está comprobada con ejemplos.

Tiene este tratado unas 95 páginas en 8.^o

Abrégé de Grammaire latine por Louis Havet, profesor de Filología latina en el colegio de Francia. París, lib. Hachette y Cia. Boulevard—Saint Germain 79—1886. Consta de 236 páginas en 8.^o; este autor en su afán de simultanear lo más posible la enseñanza de la Morfología y la Sintaxis, y no presentarlas á cien páginas de distancia, como dice, sigue un método especial en su obra,

que divide en dos partes con los nombres de primer curso y segundo; dice en el prólogo. «Antes de hacerle declinar á *rosa*, le hago (al alumno) conjugar á *sum* y sobre los tiempos pasados de éste los mismos de cualquiera otro verbo. De esta manera está en disposición de manejar verdaderas frases, desde la primera declinación de sustantivos.

Después de los nombres vienen los pronombres personales; luego las preposiciones, después los adjetivos, los pronominales (*is*, *hic*, *qui*), luego dá varias reglas sobre las partes declinables, en fin los verbos; primeramente los cuadros de conjugación simplificados, y enseguida las principales reglas de construcción. Aquí termina el primer curso. El segundo trata de la conjugación irregular de *volo*, el caso regido por *credo* ó *memini*, el modo de traducir *mea refert*. La construcción de las partículas secundarias, *dum forsitam*, *quim*; la locución *suum Romæ*, etc.; en cada lección hay temas de versión recíproca; del latín al francés y viceversa.

La explicación de esta gramática es muy concisa, de mucha doctrina y segura.

Cours complet de Grammaire latine por E. Sommer, agregado á las clases superiores. Dr. en Letras. París 1885 la misma casa del autor. Consta esta obra de 332 páginas en 4.º, encierra mu-

cha y buena doctrina, la exposición es clara, la doctrina está acertadamente distribuida, y de las tres partes en que está dividida la obra.

Elementos del lenguaje, Sintaxis é Idiotismos; la última es superior y se extiende desde la página 238 á la 304 inclusive. El orden en que está expuesto el último tratado es inmejorable. Dice el autor: «Los principales idiotismos franceses y latinos se refieren á las siguientes clases de palabras: 1.º Pronombres y adjetivos pronominales. 2.º Adjetivos y adverbios de cantidad. 3.º Preposiciones y conjunciones. 4.º Verbos; y por este orden va explicando los modismos. Son también obras del mismo autor: *Exercices sur le cours complet de grammaire latine* (un volumen casi igual al anterior); *Lexique francais latin* y *Lexique latin francais*.

Excuso hablar del célebre latinista D. Raimundo de Miguel, que todo el mundo conoce. Yo he estudiado por este autor, y no sé si esto influirá en la gran admiración que tengo hacia este incansable y docto publicista latino, uno de los mejores y más fecundos que España tiene en este siglo. También se debe á este laborioso autor el «Curso práctico» de latinidad ó colección de piezas escogidas de los clásicos latinos.

Gramática latina por D. Luis Laplana y Ciria, Catedrático de latín y castellano en el Instituto de

San Sebastián. Imp. de Peña y Pozo. Garibay 18. 1884. Consta de 298 págs. en 4.º; no es completa, pero hay buena exposición, y al final de la Analogía consagra 10 págs. para exponer lo más esencial del moderno estudio histórico comparativo del latín. Este señor tiene también una colección de trozos de traducción graduada con un pequeño vocabulario, forman de todo un volumen doble del de la Gramática.

Gramática latina por D. José A. Pellisé y Mola, Presbítero y Catedrático por oposición de Latín y Castellano del Instituto de Lérida. Lérida, imp. y lib. de José Plá y Pagés. Paheria 14-1892: forma un volumen 285 págs. en 4.º, seguido de un apéndice sobre los verbos irregulares castellanos, que llena 19 págs. Este autor sigue mucho en la Analogía á Raimundo de Miguel; en el tratado de nombres defectivos é irregulares, de diminutivos, de nombres de género ambiguo y de comparativos está más completo que Raimundo Miguel. La obra es muy buena y útil; el autor es partidario entusiasta del nuevo método comparativo, y ocupándose de él en caracteres más pequeños en el curso de la obra, y al fin de la misma, en cuatro apéndices que suman 22 págs., enreda al niño escolar en un galimatías como otros autores. El alumno puede prescindir de la letra menuda, de ciertas observaciones y de los apéndices, y seguir

un método parecido al de Raimundo Miguel en las cinco declinaciones y cuatro conjugaciones... etc. Y el chico, que sea algo aplicado, puede entrar en dicho estudio comparativo, que el autor expone muy clara y razonablemente, llegando á verse con gusto la existencia de una sola declinación fundamental con la explicación fonética de muchas aparentes irregularidades, como las de *Fero, edo*, etc. Se ocupa también muy acertadamente de la composición y derivación de palabras, explicando por leyes de contracción, asimilación, etc., ciertas trasformaciones que se observan en los afijos y primitivos.

Clave de la traducción latina. (2.^a edic. 1880) por D. Sebastián Obradors y Font, Catedrático en el Instituto de Barcelona. Esta obra importantísima está dividida en cuatro partes: 1.^a Introducción. 2.^a Texto latino ordenado por declinaciones y conjugaciones. 3.^a Diccionario general del texto latino. 4.^a Lista alfabética de las raíces. Del plan de esta obra, y las partes que comprende se descubre la utilidad suma que encierra, y los plácemes tan justificados que ha merecido de la prensa científica, pudiendo afirmarse que entre la multitud de obras que sobre el latín vienen publicándose en España, con el buen deseo de facilitar su estudio, figura muy dignamente la del mencionado autor.

Método práctico del idioma latino por F. Salazar y Quintana, distribuido en dos cursos; su método está basado en el ejercicio práctico de la construcción latina, dispuesta sencillamente en cláusulas téticas y aneuméticas, y precedida de las reglas sintáxicas con gran número de ejemplos, pertenecientes á los clásicos de la más pura latinidad.

Elementos de Gramática latina por D. Ricardo Macías Picavea, catedrático que fué de esta asignatura y en la actualidad lo es de Geografía é Historia en el Instituto de Valladolid. En esta Gramática se observan tendencias al método moderno, tratando con preferencia de las raíces, afijos y sufijos, etc.

D. Guillermo Nuñez Meriel, actual catedrático de latín en el instituto de Burgos, y hace algunos años en el de Lugo, publicó una *Gramática latina* que dada la competencia del autor en la materia, es buena, demostrando ser partidario entusiasta del sistema histórico comparativo.

Gramática latina Teórico-práctica y sus principales relaciones con la Castellana por D. Benito María Escalada, (segunda edición 1888).

Gramática latina por D. Eleuterio Suaña, catedrático en el Instituto de San Isidro de Madrid: es una síntesis de los conocimientos filológicos modernos, considerada de mucho mérito.

D. Federico Barraibar, catedrático de Vito-

ria publicó una Gramática latina, siendo también partidario del nuevo método.

D. Manuel Rodríguez Losada, Dr. del Instituto de Oviedo publicó una Gramática fundamental, por cierto, magnífica y de bastante mérito.

D. Vicente Polo y Pérez, autor de los Elementos de Gramática latina, adopta el método antiguo.

D. Ulpiano Gomez Calderón, catedrático de Oviedo, también es autor de una Gramática.

El Sr. La Iglesia, catedrático que fué de Santiago, es otro de los autores de Gramática latina.

D. Pedro Gazapo Cerezal, catedrático de Latín y Castellano en el Instituto de León, publicó «El Ensayo de un vocabulario Ideológico de la lengua latina».

Finalmente, citaré á D. Fabián Ruano, catedrático en el Instituto de Salamanca de Latín y Castellano, que á pesar de no haber publicado una Gramática, después de los años que viene dedicándose á la enseñanza de esta lengua, tiene trabajos muy buenos, que probablemente verán la luz pública con gran placer nuestro.

Otras Gramáticas pudiera citar de las muchas apreciables que sobre el Latín vienen dándose á la estampa en España de algunos años á esta parte, pero las consignadas en este trabajo creo pueden figurar dignamente como fuentes del conocimiento de la Lengua latina.



7640986976

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403410387

